

El indescifrable
LENQUAJE
del **AMOR**



por **IVY BASS**

El indescifrable lenguaje del amor

Ira y adicción

IVY BASS

Autora: Ivy Bass

Editorial: Digital Creative Publishing

digitalcreativepublishing@gmail.com

Redes: @Ivybassbooks @DCPLibros

Ilustraciones: Ivy Bass y VectorOpenStock.com / Free for commercial use images.

Este libro es una obra de ficción.

Nombres, personajes, lugares y sucesos ocurridos son productos de la imaginación de la autora o han sido usados de manera ficticia.

Cualquier parecido con eventos de la realidad, lugares o personas vivas o muertas es completamente coincidental.

Copyright © 2018 Ivy Bass

Todos los derechos reservados, incluyendo el derecho de reproducción de toda o parte de la obra. Ninguna parte de este libro debe ser reproducida en ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información AS/RS sin permiso escrito de la autora.

—¿Qué vas a hacer cuando todo a tu alrededor se desmorone, cuando no tengas a quien recurrir y te des cuenta que estás solo en el mundo, cuando el dolor sea tan insoportable que arrastre toda la felicidad al abismo? El amor es la respuesta desesperada de los corazones necesitados. Como instintivamente, se buscan las almas atormentadas para encontrar consuelo entre ellas y de las cenizas, renacen los milagros.

Ivy Bass

Contenido

Contenido

1 Consecuencias

2 La noche más fría

3 Mi nueva realidad

4 Las almas irreparables

5 El ego herido del poder

6 El peso agobiante de los secretos

7 El precio de la libertad

8 La fragilidad de un segundo

Sobre la autora

1 Consecuencias

El amor no tiene un idioma obligatorio, no tiene lugar ni edad, no tiene espacio ni conoce del tiempo. ¿Por qué? Porque simplemente no es algo que puedas controlar, no pertenece a este mundo ni se rige por las variables conocidas por el ser humano. El verdadero amor es sublime. Llega como un camión que te atropella, como una estampida en medio de la noche y simplemente estás acabada. A veces, ese amor, es lo que se necesita para salvarse porque no hay nada más en el mundo que te haga cambiar de rumbo, encontrar un significado y simplemente ser. Yo no había conocido el amor hasta que lo conocí a él, y me conocí a mí a través de él.

Me llamo Taylor Salens y en ese momento tenía unos 20 años.

No voy a aceptar que era una niña consentida hija de papi y mami, que, gracias a la afortunada posición de mi familia en la política colombiana, conseguía todo lo que quería, pero, sí acepto que era caprichosa y algo petulante.

Ahora reconozco que en muchas ocasiones traté mal a muchas personas que no se lo merecían, pero el karma haría que me arrepintiera.

El 13 de agosto era el cumpleaños de mi mejor amiga, Lina, y pensábamos celebrarlo por lo alto en uno de los mejores clubs de Miami. Lina era una rubia coqueta y extrovertida. Era ligeramente más alta que yo y, como iba sagradamente al gimnasio todos los días, tenía un cuerpo tonificado de femme fatale. Su forma de ser era fuerte y a veces podía ser muy ofensiva con sus comentarios, pero a ella le valía, siempre decía lo que se le ocurría sin consecuencias. Yo no tenía tantas agallas como ella pero tampoco me quedaba callada.

Conocí a Lina cuando estaba en el colegio. Estudiamos juntas en el Gimnasio Valle Alto de Bogotá y nos volvimos inseparables desde el octavo grado. Su padre era el director del partido político Fuerza Libre y mi padre era concejal, así que, resultábamos teniendo casi el mismo estilo de vida, asistiendo a las mismas reuniones y frecuentando el mismo círculo social.

Miami era nuestro patio de juegos. Cuando íbamos hacíamos todo lo posible por no regresar pero eventualmente teníamos que volver a la realidad.

El club al que fuimos a celebrar su cumpleaños se llamaba Angels Nightclub y era de esos lugares donde se pasa una noche increíble. Se tenía que reversar la mesa con meses de anticipación y solo los miembros VIP

podían acceder a toda la lista de consumibles y entretenimiento disponible. Los chicos podían tener bailarinas semidesnudas solo para ellos.

No hospedamos muy cerca del club y, luego de todo un día de estar en la playa con algunos chicos, llegamos a las 12:00 de la noche, la fiesta privada iría hasta las 6:30 de la mañana.

Entrar al club sin hacer fila era un sentimiento increíble de grandeza y poder. Qué inmaduros éramos. Caminábamos al lado de quienes hacían la fila como si fuéramos los reyes del lugar. Todos nos observaban queriendo ser nosotros y, al pasar el cordón de terciopelo, saltándonos la fila con un simple murmullo a los guardias de la entrada, nos sentíamos omnipotentes. El ego por las nubes como si no se tratara de unos simples mortales.

Yo tenía un vestido rojo ajustado y unos tacones negros que me hacían sentir una reina. Me solté mi cabello negro ondulado y larguísimo, pinté mis labios gruesos de rojo y delineé mis ojos verdes de negro.

Entramos y nos ubicamos en la mesa que teníamos reservada en el sector VIP desde donde podíamos ver la pista de baile. Teníamos una cuenta así que no nos preocupábamos por los precios, simplemente pedíamos y pedíamos cocteles a nuestro antojo.

Los chicos con los que estábamos eran unos amigos de un primo de Lina y yo, en verdad, no los conocía muy bien. Eran guapísimos, tenían ropa de marca y se les notaban los dólares en la frente, pero inexplicablemente ninguno me llamaba la atención. Intentaban tocarme la cintura cuando bailábamos pero yo simplemente me alejaba como si no estuvieran a mi altura. Era extraño. Todos los chicos que yo conocía, sentía que no eran suficientes para mí y siempre les encontraba un pero. Salíamos unos meses y luego simplemente perdía el interés. Lina me decía que yo le tenía miedo al compromiso pero yo simplemente sentía que algo me hacía falta pero no sabía que era. Y es que todos los chicos con los que me había rodeado toda mi vida eran iguales. Lindos pero superficiales, entre más operada la chica, más se dejaban deslumbrar. El cerebro no les importaba y que ni se te ocurriera hablar de fidelidad.

En fin. El trago hizo su trabajo y, en poco tiempo, ya se me habían olvidado mis problemas existenciales. Era la loca y divertida de siempre. Aunque los guardias nos habían prohibido subirnos a las mesas, lo hacíamos igual, y cuando sonaba nuestro dj favorito estallábamos.

Había un chico de cabello castaño alborotado y cejas pobladas que no dejaba de observarme desde la pista. Nos mirábamos a la distancia y

bailábamos como si estuviéramos conectados. Yo le sonreí y él me hizo señas de que me acercara a él.

Batí mi cabeza de lado a lado en negación de manera coqueta.

–¿A quién le sonríes tanto? –Me preguntó Lina en voz alta tratando de ser escuchada entre la música fuerte.

–A ese churro de allá. –Le respondí señalando con los ojos mientras bailaba moviendo mis caderas.

Lina lo saludó con la mano y también le sonrió.

El chico se giró hacia sus amigos y luego nos observaron riendo y hablándose al oído.

–No está tan mal. –Le dije a Lina al oído.

–¿Tan mal? ¡Está churrísimo! Uugh mira esos brazos y ese...

–Bueno, ¡ve tú! –La interrumpí.

Ella soltó una carcajada. –No, yo me quedo con mi papasito de Sergio. – Me dijo mientras volteaba a ver a uno de los amigos de su primo, quien tenía una camisa de Supreme. –¿Qué esperas? ¡Ve!

Me empujó suavemente pero yo apreté mis piernas para no dar un paso. – No.

–Aagh. ¿Por qué?

–No. Creo que no me gusta tanto.

–Solo baila con él y ya. ¡Aahh! ¿Por qué eres así? ¡Me choca!

–Es que no estoy segura...

Me vi interrumpida por un brazo que me lanzó a la pista sin siquiera darme cuenta. Era él y tenía una sonrisa tan amplia que era inevitable seguirla. Yo trataba de observarlo detenidamente porque no estaba segura que clase de chico era. No estaba en el sector VIP así que quizá se trataba de un chico más.

Esa noche bailamos juntos por muchas horas hasta que estábamos bañados en sudor. De vez en cuando me acercaba a Lina y los chicos pero no me preocupaban mucho, solo tenía ojos para él, Andrew.

Creí que esa noche me iba a emborrachar pero de tanto bailar los tragos se me pasaron y cuando fue el momento de irnos no me quería separar de él.

Andrew parecía ser un chico muy sincero, respetuoso, todo un caballero y me dijo que si lo acompañaba a desayunar. Yo le dije que sí e inmediatamente me fui a decirle a Lina, ella me miró con ojos de complicidad pero sabía que yo no era el tipo de chica que se involucraba con el primer tipo que conocía.

En Colombia nosotras normalmente salíamos acompañadas de guardaespaldas pero, cuando viajábamos a Miami, no. Así que, me fui sola

con Andrew a recorrer las calles donde los turistas podían desayunar mientras observan el amanecer en la playa

Caminamos por un muelle hecho de tablas de madera y el color el cielo era de un precioso azul claro, muy romántico.

–Debo estar terrible. –Le dije mientras trataba de arreglar mi cabello.

–Estás preciosa. Eres la colombiana más linda que he conocido.

Me reí y sentí que se me subía el color a las mejillas.

Él tomó mi mano y caminamos como si fuéramos un par de novios.

–Mira, es aquí. Las mejores hamburguesas y hotdogs de la playa.

“¿Vamos a desayunar esto?” Pensé. “Supongo que está bien. Se ven muy ricas y ¡huele delicioso!”

El lugar era un pequeño restaurante adornado con tablas de surf y palmeras, se sentía como la sala de una pequeña casa familiar. Inexplicablemente me sentí muy cómoda con su sencillez.

Nos sentamos en una mesa al fondo del local que tenía una vista de un lado de la playa.

–Me encanta aquí. –Le dije en voz baja.

–A mí me encantas tú.

Me reí. –¡Deja de ser tan coqueto!

–No lo soy. Es lo que tú me inspiras.

“Sí, claro.” Lo miré con una sonrisa entrecerrando los ojos. –Y... ¿Qué vamos a desayunar?

–Mmm. –Se quedó pensando un momento y luego llamó a la mesera que se acercó a nosotros sin ánimo y algo desgarrada.

–Yo quisiera una hamburguesa. –Le dije jugado con mi cabello y sin hacer contacto visual.

–Está bien, entonces eso será. ¿Podría traernos una hamburguesa, por favor, y dos bebidas frías de Jamaica?

–¿Algo más? –Peguntó la mesera mientras anotaba el pedido en una pequeña agenda.

–No.

“¿Por qué solo pidió una? Quizá no tiene hambre”

–¿Tienes efectivo?

–No, en verdad yo... –Justo cuando le iba a decir que tenía mis tarjetas de crédito, él buscó su billetera y contó unos cuantos dólares.

–Esto, estará bien. –Y me sonrió.

Me sentí mal. “Aahh, no tiene dinero pero aun así se va a gastar el efectivo

que le queda en nuestra comida, ¡Qué tierno!” Me sentía un poco mal por él. Tenía vergüenza pero obviamente no quería hacerlo sentir peor, no quería decirle que yo si tenía para comer incluso algo mejor.

Las hamburguesas eran realmente pequeñas, apenas como una entrada en un restaurante normal pero se me olvidaba que era un lugar callejero. No estaba en un restaurante 5 estrellas así que no podía pedir mucho.

Cuando llegó nuestra comida, Andrew tomó unas servilletas y dividió la hamburguesa, que tenía dos niveles. El pan de arriba para él y el de abajo para mí.

¡Jamás había salido con alguien que hiciera eso! Yo no sabía si estaba bien, sentía que nos miraban pero la verdad no había nadie poniéndonos atención. Creo que comí todo el tiempo con la cara roja.

Terminamos el desayuno y hablamos un rato sobre nuestras vidas, lo que pensábamos de Miami y hasta nuestros sueños para el futuro. Yo no le dije todo sobre mi vida porque no quería que se diera cuenta pero él si se abrió conmigo y sentí que debía darle algo a cambio, me sentía como si su sinceridad mereciera algo más que solo ser escuchada. Fue muy ameno e intercambiamos números hasta que Lina me escribió que me necesitaban en el hotel y tuve que despedirme. En verdad seguía teniendo hambre y mucha sed, así que ansiaba llegar al hotel pero no dejaba de pensar en Andrew.

En el hotel, Lina quiso saber cada detalle de mi salida con el chico misterioso.

–¿Qué hicieron? Cuéntamelo todo. ¿Te llevo al Golden Rits, al Luxury Line?

–Primero dime para que me necesitaban aquí.

–Aahh. Sí. Solo necesitaban que firmes el documento para el cambio de habitación que hicimos el lunes.

–Aamm, lo hubiera podido hacer en cualquier momento. Uuff. –Lina me acompañó a la recepción y luego nos dirigimos al comedor del hotel. El hotel ofrecía desayunos a la carta y un menú bufet para los menos exigentes. Nosotras nos ubicamos cerca de las ventanas y ordenamos desayunos a la carta.

–¿Y entonces? ¿Se besaron al menos?

Me reí. –Pero si eres chismosa.

–Anda, cuéntame.

–No, solo caminamos tomados de la mano y comimos. Fuimos a un pequeño restaurante en las casas junto a la playa y compartimos una

hamburguesa.

–¿Qué? –Lina abrió los ojos como platos y parecía sorprendida aunque lo que le decía era completamente normal.

–Sí, solo así. Fue muy lindo. No tenía mucho efectivo así que dividió una hamburguesa para los dos. Me quedé casi atónita cuando separó el pan de arriba y el pan de abajo para cada uno. Fue muy tierno.

Lina soltó una carcajada. –¡No te lo puedo creer amiga! ¡Pero qué vergüenza! –No dejaba de reírse y ahora era yo la que tenía vergüenza por su escándalo. –No, que pena, yo me muero. Como es tan tacaño que ni siquiera te compra una completa. Espera a que se lo cuente a Lorena, ¡se va a morir! –Sacó su celular –Eso solo te pasa a ti, que vergüenza...

–Bueno, al menos alguien quiso compartir conmigo más que fluidos corporales.

–Eso te pasa por ponerle atención a esos pobretones. Yo te dije que bailarás con él pero ¡no que representarás la dama y el vagabundo!

Me sentí horrible. Ella seguía hablando y riéndose de mí. Hablaba y hablaba tanto que me estaba llenando de un mal genio que me subía el calor a la cabeza. “Yo no le conté para que se burlara.” Di un golpe contra la mesa y me levanté con intenciones de irme.

–Espera, espera amiga. –Seguía riéndose tanto que no podía ni pararse derecha. Lina me tomó del brazo y trató de detenerme. –¡Que oso! –Gritó durísimo.

–¿Cómo puedes burlarte de él?

–Como si tú no hicieras lo mismo. Eras la primera en mirarlo de arriba abajo porque, según tú, no estaba a tu nivel. –Dijo Lina alterada haciendo unas comillas con sus dedos índice y medio mientras hablaba.

–Yo no hice eso.

–¡Sí lo hiciste! Lo haces todo el tiempo. No sé para qué pierdes el tiempo haciéndote la santa.

–Yo... yo no estaba segura pero lo conocí mejor, ¡y es mejor persona que cualquiera!

–¡Eres una hipócrita!

Me enfurecí y la empujé hacia atrás. Tenía tanta rabia que lo primero que noté fue su celular, que sostenía con fuerza en su mano derecha y, le di una palmada mandándolo al suelo destrozando la pantalla.

Ella me miró con los ojos rojos y haciendo una expresión feroz, metió su mano en mi bolsillo con violencia y sacó mi celular.

–¡Devuélvemelo! –Le gritaba mientras forcejeábamos.

Todas las personas a nuestro alrededor se habían puesto de pie y nos observaban, hablaban y gritaban. Los meseros iban de aquí para allá y podía ver que se acercaban los agentes de seguridad.

Lina alzó su brazo, tomando mi celular y lo lanzó fuera de la ventana, tan lejos, que creo llegó hasta el agua.

Sí, lo había perdido junto al número de Andrew.

Caminé enojada rápidamente y la dejé atrás. “Me siento tan humillada. ¡Jamás, jamás en mi vida le vuelvo a contar nada! Es una egoísta, superficial y loca.” Pensé. Lina me había decepcionado.

Así eran ellos. No entendían las necesidades que pasaban otras personas. Era como si vivieran en una burbuja y todo lo que estaba fuera era ridículo. Una especie de circo que existía para entretenerlos y hacer las labores que a ellos no se les daba la gana de hacer. Como si fueran sus objetos para descargar sus frustraciones y sentirse superiores. Lo difícil era ir contra la corriente, era imposible que cambiaran de pensamiento y, entre tanto, yo solo seguía afianzando mis pensamientos de duda... Aunque siguiera viviendo perdida en una burbuja a la que finalmente a nadie le importaba.

Al otro día me conseguí un nuevo teléfono celular y pude recuperar mi antiguo número pero, desafortunadamente, no pude recuperar mis contactos.

No me encontré a Andrew mientras seguía en Miami.

A la semana siguiente, regresamos a Bogotá y hablé muy poco con Lina después de eso. Ya nos habíamos peleado antes así que solo era cuestión de tiempo, aunque esta vez se sentía diferente.

2 La noche más fría

Faltaban unos días para empezar el semestre en la Universidad así que decidimos, con mi mamá, acompañar a mi papá a Medellín para una campaña del consejo.

Salir de la ciudad, Bogotá, me venía perfecto ya que no quería seguir viendo a Lina y nuestros amigos en cada esquina.

Nuestra casa en Medellín era preciosa, una de las más grandes en el Poblado y con la última tecnología, una casa inteligente. Teníamos un balcón que recorría toda la segunda planta y una piscina climatizada en el patio trasero. Mi felicidad más grande era compartir la tarde con Bruno, nuestro pastor alemán que, cuidaba la casa y era la mano derecha de Alfredo, nuestro agente mayor de seguridad.

El día que llegamos no hicimos mayor cosa. Mamá fue de compras y yo me quedé en mi habitación viendo películas toda la tarde, no tenía muchas ganas de salir. De vez en cuando buscada a Andrew en Facebook pero me resultó imposible encontrarlo. Hasta buscaba algunos de los detalles que él me dijo en Google, pero nada. Él me tenía pensativa, y en verdad quería volver a hablarle. “Pero, él también tiene mi número, quizá no quiere volver a hablarme.” Pensé. Suspiraba y seguía acostada boca abajo en mi cama como sin un aliento.

Esa noche tuve un sueño muy extraño. Yo me encontraba en el infierno. Ese tipo de infierno que muestran en las películas lleno de llamas que sofocan a los pecadores. Todo el cielo estaba oscuro y solo se iluminaba por el fuego de las llamas. Había un camino, el cual yo seguía en medio de las llamas, y estaba rodeado por figuras humanas intentando escapar y atrapar mis brazos. Quería correr pero no podía, no me dejaban. Cuando las miraba, las figuras humanas estaban desfiguradas, como derretidas y lucían horribles. Mi familia estaba a lo lejos pero justo cuando intentaba gritar, uno de los seres en llamas me tapaba la boca y no podía hablar. Sentía que me llevaban con ellos y yo estaba desesperada por liberarme pero no me podía mover. Tenía mucho miedo. Me desperté forcejeando entre mis sábanas y bañada en sudor. Había sido horrible.

–¡Buenos días! –Grité bajando las escaleras. El desayuno estaba servido en el comedor y solo había un puesto, el mío. –¿Dónde está mamá? –Le pregunté a nuestra casera que se encontraba organizando unos vegetales en la cocina.

–Salió muy temprano con el joven Andrés. No estoy segura que vengan a almorzar.

Andrés era un primo que seguía los pasos de mi padre en la política.

Terminé mi desayuno mientras hablaba con ella. –Uummm, entiendo. ¿Y papá?

–En el estudio.

Corrí al estudio y lo escuché hablando alterado por teléfono. Él no era alguien que perdiera el control fácilmente pero, parecía muy enojado. Abrí un poco la puerta y quise ver como se encontraba. Solo podía notar su sombra de espaldas contra la ventana.

“Mejor no lo interrumpo. No parece ser el mejor día.”

Papá había estado pasando una época de mucho estrés ya que su partido quería que el congreso aprobara una ley específica de tratado de extradición contra ciertos miembros del cartel de Medellín. El cartel era uno de los más grandes en contrabando y no permitirían que se aprobaran esas leyes. Por otra parte, unos periodistas habían revelado conversaciones grabadas de miembros del partido con miembros del cartel, donde se demostraba que se financiaban mutuamente, así que, ¿A qué jugaban? Estaban en la mira de la prensa y perdían apoyo local.

No me podía imaginar la presión tan grande por la que estaría pasando mi papá. No me quería hacer la de oídos sordos pero la política no era lo mío, así que, trataba de estar lejos de esos asuntos.

Para liberar mi cabeza de tantos pensamientos decidí ir a correr un rato con Bruno y Alfredo. Ellos me acompañaban y cuidaban cuando quería ir a hacer deporte. Si no salía con Alfredo, tenía que salir, por lo menos, con dos guarda espaldas.

Ese día no saqué mi celular porque no quería tener que estar pendiente de los mensajes de mis amigos. Normalmente corría por 20 o 25 minutos alrededor del barrio y me detenía a tomar un jugo de papaya delicioso que vendían en la calle 12 con 43.

Alfredo estaba extrañamente callado esa mañana.

Cuando llevaba 15 minutos de ejercicio, él me sugirió tomar la calle paralela, donde había ruta de trote a un costado pero también automóviles a alta velocidad. Yo le dije que no me parecía necesario, nunca me gustó esa ruta, pero él insistió ya que al parecer había una construcción más adelante que estaba cerrando la calle por donde iba.

Me detuve un momento, respiré agitada con mis manos en las rodillas y

decidí hacerle caso. Yo confiaba en él, Alfredo había trabajado con nosotros por 3 años, y sabía que él cuidaría de mí así que no lo dudé más.

Cuando tomamos la calle, la vía de los automóviles estaba sola y por un momento se me hizo extraño. Me di cuenta que Bruno no estaba corriendo a mi lado, así que, volteé a ver y Alfredo lo sostenía con fuerza de la correa para evitar que se me acercara. Justo ahí, dos camionetas negras llegaron a toda velocidad y se parquearon violentamente a mi lado. Yo me sobresalté, casi que presentía lo que iba a suceder.

Dos hombres vestidos de negro y con capuchas que les cubrían el rostro, salieron de la primera camioneta e inmediatamente me tomaron por los brazos y me pusieron una especie de bolsa de tela negra en la cabeza. En ese momento lo entendí, sabía exactamente lo que estaba ocurriendo. Mi cerebro pensó a toda velocidad y me di cuenta que Alfredo nos había traicionado. Se había vendido y a mí me iban a secuestrar.

Forcejeé y traté de liberarme.

–¡Ayuda! –Grité con la esperanza de ser escuchada por algún policía. Pero mi voz se veía opacada por el saco de tela en mi cabeza.

Todo pasó en cuestión de segundos, parecía irreal. Escuché que Bruno empezó a ladrar.

–¡Bruno, Bruno! –Grité.

–¡Callen a ese puto perro! –Gritó uno de los hombres que me sujetaba. Escuché un disparo y Bruno soltó un chillido de dolor para luego quedar en completo silencio. Los hombres me empujaron al interior de la camioneta y sentí que me ataron las manos por la espalda y los pies. Luego, me movieron bruscamente y caí a lo que parecía ser el suelo de la camioneta. No sabía exactamente en qué parte del auto estaba pero estaba acostada en posición fetal y todo parecía muy oscuro.

Empecé a llorar y a temblar. Mi corazón latía muy rápido y sentía que no podía respirar. Todo me daba vueltas y temía desvanecerme y desmayarme. El pánico se apoderó de mí y no podía dejar de pensar. “Bruno, mi Brunito. Tienen armas, me van a matar. Mi familia, mi casa, tengo miedo. Por favor Dios, ayúdame. Que no me hagan daño. Dios, ayúdame.”

Empecé a rezar entre mi llanto incontrolable pero me interrumpían las voces desesperadas de los hombres que sonaban lejanas y discutían, parecían de muy mal genio debido a las llamadas que recibían.

–¿Por qué putas cambiaron los planes? ¡Malditos hijos de perra, tenían que seguir el acuerdo. Yo dije 100 no 200! –Escuché decir a un hombre en altavoz

por teléfono.

–¡Cuelga! –Dijo uno de ellos alterado.

–¡Yo mando aquí!

–¡Llamaron mucho la atención, tienen que apurarse! –Repitió la voz al teléfono.

–¡Esto es un maldito desastre!

Tenían acento paisa, probablemente todos eran de la región. En ese momento supuse que eran del cartel de Medellín. No se me ocurrió nada más. Seguramente se debía al trabajo que estaba desarrollando el partido político que soportaba mi familia.

Discutían y discutían pero pude descubrir la voz de al menos 3 hombres diferentes.

–¿Qué vamos a hacer con el paquete?

Supuse que se referían a mí.

–Todo va a seguir igual. Aquí nadie se va a echar para atrás o los matamos, ¿entendido?

Escuchar esas palabras me hizo estremecer. Tenía tanto miedo que apretaba mi cabeza contra mi esternón y mis rodillas contra mi pecho. Jamás tuve tanto miedo en mi vida. Sin poder controlarme, pasaban por mi mente todo tipo de cosas horribles que me podían hacer esos hombres. Simplemente negaba con la cabeza y seguía rezando.

Pasó un tiempo y los hombres no volvieron a pronunciar palabra.

“Mierda, ¿hasta dónde me estarán llevando?” Pensé, ya cuando me había calmado un poco. Pensaba en mi familia, y recordaba todo lo que había vivido antes, en los egoístas de mis amigos, pero principalmente pensaba que quería vivir.

Habían pasado unas dos horas y yo seguía exactamente en el mismo lugar y en la misma posición. De los nervios, me habían dado muchas ganas de ir al baño. ¡Quería orinar! Pero del miedo no me atrevía a hablarles a esos hombres así que me estaba aguantando.

Por supuesto que de niña me habían entrenado para ese tipo de casos y había aprendido las claves para avisar a mi familia mi estado y si sabía dónde me encontraba, en caso de hablar con ellos en las pruebas de supervivencia, así que, me concentré en tratar de recordar. Tenía que estar tranquila, respirar y no dejar que mis miedos manejaran mi cabeza. Debía ser inteligente y no hablar más de la cuenta, si era posible, ser amable con mis captores. Tenía que estar preparada mentalmente para el posible dolor físico que me pudieran

infringir. No iba a ser fácil pero en gran parte yo lo hacía más traumático o no. Algunas de las claves eran, mencionar que extrañaba a mi perro para decirles que estaba herida de gravedad o, mencionar que extrañaba a mi gato para decirles que me encontraba bien. Ya que lo pensaba, quizá eran muy infantiles pero bueno, ¡las aprendí cuando era una niña! Insistir en el color azul significaba que sabía donde me encontraba y era a una hora, el color violeta eran 2 horas, el color naranja eran 3 horas o más en automóvil, el color rojo era 1 hora en avión u otro aeroplano. No pude recordar mucho pero trataba de concentrarme en algo para no perder la cabeza.

El conductor frenó intempestivamente y mi columna tocó una parte plana pero suave del automóvil. “Creo que estoy cerca del baúl.” Pensé. Luego, el carro se empezó a mover como si estuviéramos pasando con una carretera destapada. “Mierda, estoy muy lejos de casa.” De nuevo mi miedo me invadió y empecé a llorar. “Si estoy en medio de la selva, ¿quién me va a encontrar?” Estaba desolada. Tenía momentos de lucidez intercalados con momentos de completa locura y desesperación.

Finalmente el auto se detuvo y los hombres me levantaron bruscamente.

Cuando toqué el suelo firme me sentí aliviada, al menos ya no me llevarían más lejos. Por debajo de la capucha que me cubría la cabeza pude ver la tierra y el pasto pisado y también la cadena que ataba mis pies al menos a la distancia de un paso. No sé porque pensé que podría escapar e intenté correr. Estaba desesperada pero, no pude ni dar 3 pasos cuando me caí y uno de los hombres me dio un golpe en la pierna.

–¡Estúpida, a ¿dónde crees que vas?! –Me gritó mientras me arrastraba al interior de una vivienda.

–¡Suéltame. Ayuda. Ayuda! –Ya no quería estar ahí. –Por favor, quiero ir al baño.

No me puso atención, me lanzó a un colchón ubicado en el suelo y luego se alejó. Escuché como echaban llave en la puerta de aquella vivienda y luego, todo quedó en silencio.

“¿Estoy sola?” Pensé.

Me enderecé y puse mis pies sobre el suelo luego, corrí mis manos, que tenía atadas por la espalda, debajo de mi cuerpo y mis pies para dejarlas al frente.

–Quieta. –Escuché la voz de un anciano.

“No, no estoy sola.”

El anciano se acercó a mí y de un jalonazo me quitó el saco que tenía en la

cabeza. Apreté mis ojos y bajé la cabeza. Tenía mucho miedo y sabía que no debía verle el rostro o tendrían un motivo para asesinarme.

–Por favor, quiero ir al baño. –Le dije con la voz entre cortada.

–No. No se va a mover de aquí.

–¡Por favor! –Le dije entre lágrimas.

Me dolía el vientre de tanto aguantarme.

–No, hágase ahí si tanto lo necesita pero de aquí no se va a mover.

Respiré profundo y traté de tranquilizarme. Tenía que ser inteligente y pensar con claridad, ¡aunque fuera imposible!

Abrí los ojos y miré el suelo, parecía de cemento rojo. Subí la mirada y estaba en una habitación de ladrillos, no parecía una casa real, casi como si acabaran de poner un montón de ladrillos apilados. Había una ventana cubierta por una cortina por la cual podía notar la luz del día. Hacia el otro lado de la habitación, una salida que conectaba a otro espacio de la casa pero el cual no alcanzaba a ver desde allí. El hombre estaba de espaldas, observando por una pequeña ventana con barrotes ubicada en la puerta de metal. Tenía una escopeta colgada a su pecho, una camisa desgastada de cuadros grises y blanco y una gorra por la cual se asomaban sus canas.

–Por favor. –Le dije.

–No. –El hombre se giró hacia mí y yo inmediatamente bajé la cabeza y estremecí mi cuerpo. –Aquí no hay baño.

“Eso supuse. ¿Qué se supone que soy, un animal?” Pensé. “Si no hay baño aquí probablemente no pensaban tenerme mucho tiempo. Ay no.” Pensé lo peor.

Me desesperé. –¿Cómo no hay baño? Entonces, ¿dónde van todos aquí? ¡Tienen que ir a alguna parte!

–¡Cállese!

–¡Necesito...! –Antes de terminar de hablar el hombre se acercó rápidamente a mí, apreté mis ojos y me golpeó en la cabeza con la culata de la escopeta, fue tan doloroso que caí en el colchón, solté un quejido y me puse a llorar, otra vez.

–Usted no debería estar aquí, no hoy. ¡Mejor cállese!

El dolor me hizo soltar la fuerza en mi vejiga y simplemente me hice en los pantalones. Fue tan humillante. Me sentí tan pequeña como una cucaracha. Como si no valiera nada. Sentía que había perdido las esperanzas. Si me iban a matar, quería que me mataran en ese instante, ya no quería sentir más.

Pasaron las horas y el día se oscureció. No hablé ni una palabra más y el hombre salió y entró en varias ocasiones pero no quise dirigir mi mirada hacia la puerta. Me quedé acostada en la misma posición hasta que el dolor de mi cabeza cesó.

Ahora sentía hambre y mucha sed. Tenía el estómago apretado. “¿Por qué me pasa esto a mí?, ¿yo que hice de malo?”

Mas tarde, esa noche, el anciano me trajo un plato con arroz, con una carne frita y tajadas de plátano frito, que dejó en el suelo, cerca de mí, y luego se alejó dirigiéndose a la otra área de la casa.

Por un momento me negué a comer, quería morir pero, el olor de la carne frita me hizo agua la boca. Me levanté y, con cautela, me acerqué al plato y comí con las manos. La carne estaba algo quemada pero me sabía a gloria. En ese momento no me importó si estaba bien condimentada, si era de res Angus, si el corte estaba bien hecho y cocida en el punto perfecto. El arroz y el plátano nunca me gustaron mucho pero ese día me lo comí todo.

Comer es el deseo de vivir.

Es en esos momento en que uno agradece todo lo que ha tenido en la vida y que ha dado por sentado. Me acordé de todas las veces que desperdicié comida o que devolví a un mesero porque mi comida no estaba a la temperatura perfecta que yo lo quería. Ese fue un duro aterrizaje en la tierra de la realidad.

Esa noche sentí mucho frío. No tenía una cobija ni nada que me cubriera y, me daba la impresión que entraba una corriente de viento por debajo de la puerta. Medellín no es una ciudad tan fría como Bogotá pero, esa noche me pareció que estaba en un nevado.

A la mañana siguiente me despertó el fuerte olor a café. Y no, no me dieron ni una gota. Había estado pensando que mi familia estaría muy preocupada ya que no sabían nada de mí. “Probablemente ésta gente ya se habrán comunicado con ellos pero... no saben si estoy bien o no. Tengo que sobrevivir, quiero ver a mi mami de vuelta, quiero ver a papá y a mi Brunito. Ay mi pobre Brunito.” De nuevo mis ojos querían llorar pero ya no tenía lágrimas.

De repente entraron dos hombres afanados y gritando al anciano. Hablaron tan rápido que ni siquiera les entendí. Pusieron, de nuevo, el saco negro sobre mi cabeza y me levantaron a la fuerza. Aún tenía mis manos y pies atados.

—¡Rápido , rápido!

Caminamos durante varios minutos y pude ver la tierra que pisaba, no

parecía ser la selva pero definitivamente estábamos en el campo. No olía a ciudad ni a contaminación. Escuchaba a algunas personas hablar y había la voz de una mujer.

Me ingresaron en otra vivienda que al parecer era más grande porque había una especie de eco cuando hablaban. Uno de los hombres me sentó en una silla metálica y retiró el saco de mi cabeza y vi el lugar con claridad. Habían hombres y mujeres con el rostro cubierto pero otros no. Esta vez no desvié mi mirada y los observé, quería notar su expresión desalmada en sus ojos. Quería ver el rostro de un asesino y, no para mi sorpresa, eran rostros vacíos llenos de rencor y dolor, arrugas profundas y manchas por el Sol.

–Esto se acabó, ya no vamos a aceptar los términos, ¡es a nuestro modo o no es! –Dijo un hombre que tenía ropa camuflada como si fuera un soldado, salió del lugar dejando la puerta abierta.

–Planean volver las condiciones a la fuerza. –Dijo una de las mujeres con el rostro cubierto.

–Si hacen un rescate forzoso nos vamos al resort y haber si allá nos encuentran.

“El resort.” Pensé. “Eso no suena bien.”

En ese momento escuché el sonido de un helicóptero que se intensificó, casi encima de nosotros, como si llegara sobrevolando una montaña.

Sabía que se trataba de un rescate pero, no me sentía aliviada, estaba aterrada. Todos los hombres entraron en pánico y era obvio que no estaban listos para ese momento, los había tomado por total sorpresa y no estaban preparados para actuar. Iban de aquí para allá gritando como si fuera la primera vez que hacían algo así. Prepararon sus armas y algunos más salieron del lugar.

Escuché disparos en la parte exterior de la casa y luego fue como si el tiempo se esfumara. Como si la realidad se distorsionara. De nuevo mi corazón se aceleró y todo parecía borroso. Escuché una explosión y el suelo tembló levemente, mis oídos se ensordecieron y grité. Grité tan fuerte que no me podía controlar. Gritaba por mi vida y por ser encontrada.

–¡Suficiente! –Me dijo al oído un hombre que puso un largo cuchillo brillante en mi cuello obligándome a echarme para atrás y callarme. Presionó con fuerza la hoja del cuchillo que se sentía fría mientras sostenía mi espalda. El hombre me sostuvo por unos segundos que parecieron horas. En esos segundos pude ver como irrumpían unos hombres en el lugar, vistiendo equipo antimotines. Justo antes de que los antimotines disparan fatalmente al hombre

que me estaba sometiendo, en la cabeza, este cortó mi cuello de lado a lado.

Subí mis ojos y vi el techo. La luz se paseaba suavemente por las tejas ondulantes. Pude sentir como la sangre caliente corría por mi garganta hasta mi pecho. Ardía, ardía mucho y pude saborear la sangre en mi boca. Entonces, un fuerte dolor me invadió todo el cuerpo y empecé a ahogarme. No podía respirar y con cada intento de inhalación más me ahogaba en sangre. Mi cuerpo no me perteneció más y mis manos no se acercaban a mí. Finalmente me desmayé.

De nuevo soñé cosas muy extrañas. No estaba consciente de la vida o la muerte, simplemente estaba soñando. Escuché música, caminé en las nubes y bailé con las aves. El cielo azul era cálido y me hacía sentir tranquila y en paz. A veces escuchaba el viento y tenía la voz de mi mamá, ella estaba triste y me pedía perdón pero yo no podía encontrarla. Luego regresaba al infierno y trataba de escapar de las horribles criaturas que se quemaban en las llamas. Me costaba respirar, me agitaba y me dolía mucho el pecho.

En un momento, escuché sonidos como de máquinas y pensé que se trataba de extraterrestres, ya quería ver los aliens en mi sueño pero, cuando desperté, estaba en la habitación de un hospital y no había nadie a mi alrededor.

Lentamente moví mis ojos para observar el lugar, mover la cabeza completa me era imposible, y todo lo que noté fueron tubos y mangueras conectados a mi cuerpo. No podía mover las manos porque parecían amarradas y tenía un tubo que salía de mi cuello y me ayudaba a respirar. Sentí una gran descarga de adrenalina en mi cuerpo y me agité. Me angustié mucho al ver mi cuerpo en ese estado y quería liberarme. Traté de moverme con todas mis fuerzas pero fue inútil. Los sonidos de los aparatos se agudizaron pitando con rapidez y, en poco tiempo, llegó una enfermera afanada. Yo estaba fuera de control pero luego de que aplicara medicamento en mi vía intravenosa me volví a quedar dormida.

Había pasado 3 meses en la clínica.

3 Mi nueva realidad

El día que desperté y estaba más consiente, vi a mi mamá al final de la cama. Me sentía mareada. Una amable enfermera se acercó a mi rostro y me dijo. – Te encuentras en el hospital Villa Luisa. Estás a salvo.

Ya no tenía el tubo en mi garganta y tampoco las manos atadas.

La enfermera se retiró y luego un médico se sentó en un mueble junto a la cama que daba a la ventana. Mi madre se puso de pie y se ubicó a mi lado. Tomó mi mano y estaba caliente, las mías se sentían como un hielo.

–Taylor. No te asustes pero, es probable que no puedas pronunciar una palabra en este momento. –Dijo el médico de manera muy comprensiva.

Abrí los ojos con gran asombro. Traté de hablar pero la garganta me dolía muchísimo y ningún sonido salía de mi boca. Mi corazón se aceleró e intenté sentarte al tiempo que pronunciaba gruñidos como los de un monstruo provenientes de los más profundo de mi diafragma. Mi madre me tomó de los hombros y me obligó a recostarme. ¡Yo no quería! Forcejeé con ella y mis ojos se llenaron de lágrimas.

–Aún no esta lista. –Dijo el doctor poniéndose de pie.

Mi madre empezó a llorar y yo también.

–Doctor Misas, tenemos que acabar con esta pesadilla. –Dijo mi madre tratando de controlarme.

–No hay nada que podamos hacer por el momento. Solo tranquilícese. – Respondió el médico quien llamó a la enfermera de regreso. –Taylor, no hagas fuerza, necesito que estés quieta.

Aplicaron tranquilizantes en mi vía y dejé de llorar. Por un momento sentí una sensación placentera como la de mi sueño en las nubes, luego, recordé lo que había pasado.

Recordé a Bruno y Alfredo, recordé a los hombres que me secuestraron, recordé el momento del rescate, la bomba y el terrible cuchillo brillante y frío en mi cuello.

Cuando me tranquilicé, mi madre y el doctor se sentaron en el mueble, la enfermera se quedó de pie junto a la puerta.

–Hija. –Dijo mi madre tomando mi mano desde el sillón. –Hija, sobreviviste.

–¿Recuerdas lo que pasó? –Preguntó el doctor.

No intenté hablar más porque era muy doloroso así que moví mi cabeza

suavemente de arriba abajo.

–Bien. Recibiste una laceración en el cuello, debido al terrible incidente por el que pasaste. Se comprometieron los nervios vagos y laríngeos, así como la arteria carótida, entre otras cosas. Afortunadamente la vena yugular externa e interna resultaron ilesas así que lograste sobrevivir.

Mi madre se quedó observándolo como si hablara en chino. –¿Qué hay de lo de la voz? –Le preguntó.

–Sí... desafortunadamente las cuervas vocales recibieron un daño irreparable y, en este momento, se encuentran paralizadas.

Yo entendía perfectamente lo que estaba diciendo aunque mi madre seguía haciendo preguntas. Acerqué mi mano a mi boca y lloré tratando de sostenerme para no moverme.

El doctor seguía y seguía hablando pero yo solo escuchaba. –Es muy probable que no vuelvas a hablar. Las intervenciones quirúrgicas que hemos realizado en orden de salvarte la vida no han permitido la recuperación de las cuerdas, preferiría no pensar en una esperanza para no decepcionarlos.

Mamá lloraba atacada –¡Hijita, lo siento tanto! –Decía mientras me abrazaba.

En los siguientes días tuve algunas terapias para poder comer con normalidad y respirar sin la ayuda del oxígeno. Me costaba mucho adaptarme y, a veces, lloraba de la indignación.

La enfermera me había dado un marcador y un pequeño tablero donde escribía mis necesidades.

–¡Buenos días campeona! ¿Cómo amaneces hoy? –Dijo un día, llena de entusiasmo, a lo que yo escribí:

El mundo apesta.

Y Se le borraba la sonrisa del rostro.

Otro día me dijo. –¡Buenos días campeona. Hoy es un hermoso día de sol!

Y yo le escribí:

Todos los días son horribles.

Y volvía a borrar su sonrisa del rostro.

Creo que solo me gustaba molestarla, en verdad no me parecían días horribles. Cada día que amanecía agradecía ya no estar más en esa horrible habitación privada de mi libertad.

–Buenos días campeona. ¿Hoy también es un día horrible? –Me dijo mientras abría las cortinas de la habitación para que entrara la luz del Sol.

Hoy parece mejor.

Y ambas nos reímos.

–¿Necesitas algo? –Me preguntó ella.

Yo siempre le decía que no moviendo mi cabeza pero, esta vez, sí necesitaba algo.

Un espejo.

La enfermera me miró con algo de tristeza. Mi baño no tenía espejo y no había podido verme en muchísimo tiempo. Tenía curiosidad por verme mi cuello pero también sentía miedo al recordar.

La enfermera salió y al momento regresó con un espejo de mano. Me lo entregó y yo lo puse boca abajo sobre la cobija de la cama. No estaba segura pero quería hacer, tenía que hacerlo.

–Está bien. Yo estoy aquí. –Me dijo ella.

Levanté el espejo muy despacio y poco a poco miré mi cuerpo, cuando llegué a mi cuello tenía una gran cicatriz que atravesaba todo el frente y parecía abultada y roja. Una tristeza muy grande se apoderó de mí y no pude seguir viéndome. Me sentía horrible y tenía mucho dolor en mi corazón. Fue una de las cosas que más me ha dolido ver en mi vida.

Durante mi estancia final en el hospital, me visitaron algunos agentes militares. Querían más detalles de lo que había sucedido, pero mi incapacidad para hablar hacía todo más difícil. Me pidieron que escribiera en el tablero pero me frustraba que no me entendieran, me cansaba, me irritaba y lanzaba el tablero al suelo.

Era demasiado difícil, simplemente todo se había vuelto imposible e insoportable.

Veía a diferentes psicólogos constantemente pero no sentía que hicieran mucho por ayudarme. A veces solo me perdía en mis pensamientos y no escuchaba absolutamente nada de lo que decían.

Cuando me dieron salida del hospital estaba aliviada, como si irme fuera a cambiar mi situación. Extrañamente pensaba que ya todo había acabado pero, no era así, me llevaba mis problemas conmigo. Ahora eran una pesada carga que tenía que aprender a llevar.

Esta vez contaba con escoltas nuevos y otros agentes de seguridad militar que nos acompañaron a mi mamá y a mí hasta nuestra casa. Hasta el momento

no había visto a papá, mi madre insistía en que estaba en la cumbre de su trabajo y por eso nos encontraríamos al llegar allí.

Nuestra casa en Bogotá era una vivienda con un jardín grandísimo por los cuatro costados en el barrio Rosales. Tenía un solo nivel y era muy espaciosa. Yo había sido tan caprichosa que me habían dado dos habitaciones. Esta vez me quedaría a dormir en mi habitación pequeña, la que estaba junto a la de mis padres y que no había usado en años.

Acepto que me sentí tan aliviada de volver a casa pero no veía las cosas de la misma manera. Esta vez, era diferente.

Mamá me devolvió mi celular y estaba lleno de mensajes de mis amigos. Había tantos que no pude leerlos todos. Unos de tristeza, otros de apoyo, otros de preocupación. Ese celular solo me recordaba que no volvería a recibir una llamada en mi vida... lo apagué y no quise volver a encenderlo.

En casa habían algunos periódicos donde yo era la noticia principal. Parece que no había sido el cartel de Medellín quienes me habían secuestrado, fueron ex miembros de una pandilla independiente que pretendían hacerse de 300 millones de pesos con mi captura.

“Eso no fue lo que yo escuché.” Pensé. “Todo este asunto es demasiado confuso, no parecían miembros de una pandilla.” Traté de recordar más detalles importantes pero cuando pensaba en lo que sucedió me llenaba de tanta rabia con esos hombres, simplemente quería hacerles lo mismo, ¡que sufrieran todo lo que yo sufrí! Tenía tanta ira que tomé todos los periódicos y los rompí, los hice trizas, pero eso no me satisfacía y seguí rompiendo cosas en la casa a medida que me las encontraba.

Destrocé papel, jarrones, vidrios, maderas, de todo.

Nuestra ama de llaves empezó a gritar como loca y mamá llegó a calmarme.

–¡Taylor, Taylor. Por favor contrólate!

Quise gritar, quise gritar con todas mis fuerzas pero no pude, solo salió un horrible gruñido de mi boca y eso me puso peor. Me enfurecí porque ellos me habían arrebatado mi voz y mi vida. Ya no sería normal.

Mamá me sometió al suelo pero yo pataleaba y daba puños por doquier.

–¡Blanca. Llama a Juan Carlos, que venga de inmediato! –Gritó mi madre a nuestra ama de llaves.

Papá llegó cuando me había calmado y estaba sudando en el suelo en el regazo de mi mamá.

Sí, había tenido mi primer ataque de ira.

Luego de eso le pedí perdón, simplemente no sabía lo que me había ocurrido y tenía miedo porque, en ese momento, no había sido consiente de a quien le hacía daño.

Para mi padre había sido muy difícil verme en el hospital, por eso no pudo volver luego de verme llena de tubos y conectada a las máquinas. Ahora, en casa, él trataba de hacerlo todo normal, pero se le olvidaba que jamás volvería a ser así.

Papá me consentía, pasaba tiempo conmigo, aunque tuviera más trabajo que antes, y me animaba.

A pesar de los esfuerzos de todos, en la semana siguiente, tuve tres ataques más de ira. Yo no los podía controlar ni prever, simplemente sucedían.

–Creo que necesitarán la ayuda de un psiquiatra. –Dijo la psicóloga que me trataba mientras hacíamos una terapia en la que participaba toda la familia. – Taylor sufre de estrés postraumático y tiene un trastorno explosivo intermitente, entre otras cosas...

“¿Entre otras cosas, acaso estoy loca? ¿Quién se cree esta vieja.” Pensé.

–Si Taylor quiere continuar su vida con normalidad y volver a la Universidad, es importante que sea medicada para sus trastornos, la terapia no será suficiente.

Zzzzzzz.

A ellos no les pareció tan gracioso.

El psiquiatra que me asignaron era un hombre mayor muy estricto y serio. No se reía para nada y desde el primer día me medicó para mi TEI.

Mi madre se reunía en privado con el médico pero yo podía escuchar todo al otro lado del estudio.

–Taylor tiene que entender que esto no es un juego. –Dijo el psiquiatra a mi madre. –Si la medicación no es efectiva y Taylor presenta otro ataque comprometiendo la integridad de alguien, es probable que necesite ser internada en un centro de tratamiento especializado.

–Pero ¿en verdad es necesario?

–Claro que sí, su propia vida corre peligro. Ella se transforma y no se reconoce, no sabe quién es quien durante esos ataques y es necesario que sean tratados por especialistas. Esta casa no tiene lo necesario.

–Doctor, no estoy segura...

–Es lo mejor para su hija. ¿Quiere que se recupere?

–¡Claro que sí! –Asintió ella.

–Entonces es lo que hay que hacer. Yo les envió la documentación y los costos para su aprobación. –Le explicó el psiquiatra mientras buscaba unos documentos en su portafolio.

–Está bien... –Dudó ella.

–También es importante que Taylor vuelva a ver a sus amigos, no puede encerrarse y aislarse.

“Maldita sea.” Pensé.

Mi mamá se encargó de comunicarse con mis amigos y decirles que me encontraba bien pero que no sería posible verme. Solo yo decidía poco a poco con quien me quería encontrar. A pesar de haber pelado con Lina, la extrañaba mucho. Ella era mi mejor amiga y siempre estábamos juntas, así que, le dije a mi madre que la invitara a visitarme.

Yo me encontraba en mi habitación pequeña, recostada en mi cama junto al ventanal. Estaba dibujando en un block de papel de color crema. El dibujo fue una terapia que sugirió el doctor y a veces me ayudaba mucho a tranquilizarme y sacar lo que tenía en la cabeza, aunque la mayor parte de las veces solo eran mamarrachos y muchas manchas de color.

Lina llegó y todo estaba en silencio. Se detuvo en la puerta y se puso a llorar. Yo la observé y no hice ninguna expresión.

–¡Amiga! –Vino corriendo y se lanzó al borde de la cama llorando contra la frazada. –¡Amiga, mi Tay! Lo siento tanto. No me puedo imaginar lo horrible que fue para ti. Dios, cuanto lo siento.

Estoy bien Lini. No llores.

Escribí en el block.

Ella se tapó la boca y trató de ahogar su expresión de terror. –¿Es cierto, no puedes decir ni una palabra?

Moví mi cabeza en negación.

Lina se incorporó y respiró profundo. –Cuando supe que te habían raptado yo pensé que te iba a perder para siempre. Tuve mucho miedo. Se me olvidó todas las peleas y todo lo del celular, solo quería recuperarte.

Yo también tuve mucho miedo. Fue horrible pero ustedes me daban fuerzas.

–Y... –Dijo señalando mi cicatriz. –Ojalá no te vaya a quedar así, luce horrible amiga. Menos mal puedes hacerte un tratamiento laser y quedar como

nueva.

“¿Cómo nueva? Cómo se preocupa por mi cicatriz, cuando lo que tengo mal es mi cabeza.”

–Amiga, ¿has salido de casa desde que llegaste del hospital? Te ves terrible.

No. No quiero salir.

–Tienes que salir. Ya empezamos las clases. Yo creo que te toca aplazar el semestre pero... te extrañamos.

No quiero ir a la Universidad.

–¡Tienes que hacerlo! No puedes quedarte aquí encerrada toda la vida.

“No me voy a quedar aquí toda la vida, voy a salir cuando yo quiera.” Pensé. Pero se me olvidaba que ella no podía escuchar mis pensamientos.

–Lore empezó a salir con Carlos y se peleó con Juliana. Ahora yo estoy en medio porque ¿sabes que Juliana también es mi amiga! y me siento muy sola. ¡Te necesito! Ugh, y el desgraciado del amigo de mi primo me dejó plantada...

Lina hablaba y hablaba y ni siquiera se daba cuenta que no me importaba un carajo todo lo que decía.

–Entonces yo le dije a Juliana pero ella...

“Cállate, cállate” Quería decirle. “No me importa, ¡déjame sola!”

Tiré el block al suelo junto con todos los lápices haciendo un estruendo. Ella se sobresaltó y se levantó de la cama.

–¿Qué te pasa? Pareces una loca.

“¡Yo no estoy loca!”

Me abalancé sobre ella para taponarle la boca. Solo quería que no siguiera hablando pero Lina empezó a gritar.

–¡Ayuda, se volvió loca! ¡Ayuda!

“¡Cállate, cállate, cállate!”

Nos pegábamos, jalábamos el cabello, aruñábamos y empujábamos. Quería que todos se callaran, que nadie hablara más, no quería escuchar nada porque yo no podía hacerlo. No solo estaba enojada con ella, estaba enojada con el mundo. Lo detestaba, lo odiaba. Odiaba ser diferente y que me miraran con lástima, que les diera pena mi situación y mi simple cara. Tenía tanta rabia que perdí el control y de nuevo empecé a destrozar todo en mi habitación. Lancé todo a la mierda y por un momento se sintió tan bien.

Lina abrió la puerta y salió mientras el ama de llaves entró para controlarme. Cuando me sujetó de los hombros ya me estaba calmando.

A la mierda la terapia y a la mierda la medicación, lo había hecho de nuevo.

Creo que lo que más me dolía es que todos siguieran con sus vidas y avanzaran mientras yo parecía dar más y más pasos hacia atrás.

Esa noche me llevaron a conocer el centro de rehabilitación especial Eilish y me dejaron internada.

4 Las almas irreparables

A veces tenía miedo de en verdad estar enloqueciendo. Había cambiado mucho. Ya no me gustaban ni me importaban las cosas de antes. No me importaba salir de compras o gustarle a un chico, ser la más popular o salir de rumba al nuevo club VIP de la ciudad. Ahora mi felicidad era observar el cielo azul y las nubes que corrían como huyendo del cambio, las aves que jugaban entre los árboles e incluso los pequeños nidos que se escondían entre las hojas. Me gustaba mucho dibujar y escribir aunque nunca me habían interesado las artes, yo estudiaba relaciones internacionales. Mi carrera ya no me interesaba más la encontraba supremamente vacía.

En las peores noches en casa, tenía sueños horribles con esa habitación donde me sentí tan humillada. Recordaba ese plato de comida y se me salían algunas lágrimas por la pena que sentí por mi misma.

El centro Eilish quedaba más allá de La Mesa, a las afueras de Bogotá. El clima era cálido y un poco más seco que Bogotá. El lugar era todo de un nivel. A la izquierda de la entrada quedaban las oficinas, un comedor y algunos salones de actividades. Hacia el fondo, hileras de habitaciones de diferentes tamaños y diferenciadas por el color en sus puertas. A la derecha, unas canchas de básquetbol y fútbol, y un cuarto de herramientas. Al fondo una pequeña capilla. Todo estaba rodeado de árboles, jardines y pasto pero por supuesto, con una reja eléctrica de seguridad. Tenía una habitación grandísima sola para mí con una gran ventana dando hacia una pequeña ventana, eso me gustaba. El centro ofrecía un programa de 3 meses para readaptarme a la sociedad. Seguiría trabajando con mi psiquiatra y mi psicóloga anterior. “Qué casualidad que están asociados al centro.”

Dos guarda espaldas permanecerían en el centro para asegurarse que nada peligroso me pasara pero no podían intervenir en el programa ni en las decisiones de los doctores.

Cuando se fueron mis familiares me quedé un rato en mi habitación, serían más o menos las 7 de la noche, y luego una de las encargadas, llamada María según decía su camisa, me llevó hasta el salón de charlas. María estaba a cargo de la disciplina y las actividades fuera del programa, también del orden entre los residentes.

El salón de charlas era un salón con un montón de sillas organizadas en círculo donde se hacía una terapia grupal. Ese día pude conocer algunos de los

otros chicos que también se encontraban en el centro por problemas de ira o trastornos de la personalidad. Eran casi siete y creo que tendrían mi edad.

Yo, a donde iba, me había acostumbrado a cargar mi libreta y un marcador, así era como me comunicaba con los demás, pero últimamente escribía menos y menos para ellos y más para mí. Tenía un montón de escritos casi como un diario. Me había vuelto la mejor para hablar conmigo misma.

–Hola a todos. Quise reunirlos para presentarles a una integrante más de nuestro programa. Ella es Taylor. –Dijo nuestra encargada de terapia grupal, Johana.

Hice una reverencia al estilo japonés. Pude escuchar que los chicos empezaron a murmurar y a hablar sobre mi padre y mi secuestro.

–Silencio, silencio. No estamos aquí para chismorreos. Taylor tiene un problema en la garganta y no puede hablar, se comunicará mediante la escritura. Cada uno preséntese.

Como ella dijo, cada chico se presentó y yo no puse atención. Estaba con la cabeza en mi libreta.

–¿Cómo ha sido tu recuperación? –Preguntó la voz de un chico.

–¡Taylor! –Dijo Johana llamándome la atención.

Subí la vista tratando de ubicarme en la conversación.

–Te están hablando.

No quiero hablar al respecto, gracias.

Y seguí con la cabeza en mi libreta. Estaba muy concentrada haciendo un mamarracho. Estuve así todo el tiempo. Yo no era así pero, simplemente en ese momento no quería comunicarme con nadie.

La presentación terminó y salí de primeras del salón hacia el comedor. María me había indicado que sería la hora de la cena.

El comedor, y la hora de la cena, eran una locura casi agradable. Todos hablaban al tiempo, iban de aquí para allá, las filas no se respetaban mucho y los chicos reían y bromeaban.

La comida se encontraba atrás de unos mostradores y era servida por personal del centro en bandejas. Yo no tenía ninguna preferencia en comida, en otra época hubiera sido diferente, así que hice fila en ‘Cena general’ las otras filas eran ‘Cena liviana’ y ‘Cena con restricciones’ donde solo pasaban chicos con un carnet especial.

Escuchaba como todos se quejaban de la comida pero a mi me parecía de muy buen aspecto. Tenía raviolis, pescado apanado, papas con mayonesa,

ensalada, brownie y una bebida.

Todas las mesas estaban ocupadas excepto por unas al fondo del comedor donde me senté sola. Después del incidente yo me comía absolutamente todo lo que me servían y, ese día, también. Estaba delicioso, las papas en el punto exacto y el pescado fresco y crocante, ¡una delicia! “Uuff, si puedo voy a repetir, ¡está muy bueno!”

Subí la mirada con la boca llena de papas y los labios untados de mayonesa y me di cuenta que un chico desaliñado me estaba observando. Él se encontraba al rincón, también en una mesa solitaria, dando la espalda al resto del comedor. Tenía el cabello negro ondulado enmarañado y desordenado. Era delgado y vestía un saco negro de capota.

Bajé mis ojos, me tragué las papas y me limpié con el dedo los labios. “Que pena, pensará que no he comido en semanas.” Me enderecé y tome mis cubiertos con delicadeza luego, subí la mirada de nuevo para verlo y se rio. Puso su mano en su barbilla y recostó su cabeza, no me quitaba los ojos de encima ni un segundo. Tenía un poco de barba de algunos días y su apariencia parecía cansada aunque tras todo ese desaliño tenía cara de muñeco, una cara muy linda.

“¿Por qué me mira tanto, tendré algo sucio en la cara? ¡Qué vergüenza!”

Tenía una forma de mirar muy especial. No era incómodo, era como si me analizara disfrutándolo. Cómo si se deleitara de mantener los ojos en un solo punto y hablara con sigilo mismo de algo muy agradable. En ese momento pensé que quizá era parecido a mí. Quizá tenía conversaciones con él mismo al igual que lo hacía yo.

Él terminó de comer y se acercó a mi mesa con su bandeja desocupada. – Creo que eran unas papas muy sabrosas. – Dijo mientras se sentaba en la silla frente a mí.

Me ruboricé. “¡Tonto!”

– Soy Nico, y ¿tú?

Busqué mi libreta y escribí.

Taylor.

“¿Acaso no sabe quién soy yo?” En mi mente sonó como un chiste muy popular aquí en Colombia de unos niños ricos malcriados que le decían eso a la policía.

– Mucho gusto. – Pasó su mano izquierda sobre las bandejas y la extendió para saludar. Le di mi mano y él la apretó.

Algunas personas que pasaron junto a la mesa se quedaron mirándome y murmuraron.

Yo tenía un saco cuello tortuga y con mi mano traté de subirlo lo más posible hasta mis orejas para que nadie pudiera ver mi cicatriz. Él se dio cuenta, pude ver como sus ojos curiosos iban de aquí allá en mi cuello, pero fue tan decente que no dijo una palabra al respecto.

–¿Te puedo acompañar?... ¿a comer?

Asentí con mi cabeza mientras atacaba a los raviolis.

–No me gusta comer solo y mi mejor amigo se fue ayer...

¿Por qué se fue?

–Ya se recuperó.

Quería preguntarle el porqué estaba allí, en el centro, pero me daba pena ser demasiado entrometida.

Y, ¿tú?

–Bueno... a mi me falta un tiempo aún. No es tan sencillo. –Dijo poniendo su mano en la cabeza.

No te preocupes, nunca es sencillo.

Me sonrió y luego miró mi cuello. –Yo también tengo una. –Dijo corriendo una manilla gruesa de cuero que tenía en la mano izquierda y que ocultaba una cicatriz en su muñeca.

Abrí los ojos en asombro. “¿Habrá intentado suicidarse?”

–No es nada malo, no es lo que estás pensando.

“No puedes escuchar mis pensamientos, ¿o sí?”

–Es un recordatorio.

¿De qué?

–Mmm... antes no me importaba hacerme daño y sufría. Ahora tengo una promesa conmigo mismo, tengo que cuidar de mí, de mi cuerpo, no puedo hacerme más daño.

Es una promesa muy importante.

–Sí... y muy difícil de cumplir. Y, ¿la tuya?

Me paso una corriente de frío por el estómago. Fue una sensación muy extraña. Terminé mi comida y moví la bandeja a un lado para tomar mi libreta con seguridad. Respiré profundo y por primera vez quería contarle a alguien con mis propias palabras. Luego de muchos tachones salió algo así.

Hace unos meses me pasó algo muy malo. Unas personas me hicieron daño, fue la situación más difícil que he tenido que enfrentar en mi vida. Por lo que me hicieron ya no puedo hablar.

Él se quedó asombrado y en silencio un momento. No sabía que decirme y me sentí avergonzada.

Intenté tomar la libreta para excusarme pero él cogió mi mano antes de que escribiera.

–He sido un idiota. Tan egoísta, dañando mi propio cuerpo conscientemente y solo por la diversión y la satisfacción de una dosis, cuando... una persona inocente como tú tiene que sufrir el daño por otros. Y aún así tienes una sonrisa.

“No tienes idea de lo difícil que ha sido.”

Ambos nos quedamos en silencio y el comedor se fue desocupando poco a poco. En la puerta, me di cuenta que se encontraban mis escoltas y nos estaba observando.

–¿Y no hay una solución, para lo de tu voz?

Negué con la cabeza.

–No tengo celular aquí pero voy a buscar en Internet. Tiene que haber algo que se pueda hacer.

Me reí. Si hubiera podido producir algún sonido, seguramente se hubiera escuchado una carcajada. “Tan bobito, como si supiera más que los doctores. Que tierno.”

Se levantó de la mesa y yo lo seguí. Nos despedimos y se fue caminando a toda velocidad fuera del comedor.

Caminé despacio por los alrededores y observé con atención la naturaleza en medio de las luces del cielo. “Nico... ¡que loco!” Me había agradado mucho conocerlo. Sentía como si lo conociera de toda la vida. Ese sentimiento de familiaridad que a veces es tan único.

Cuando llegué a mi habitación, María me dijo que me tenían que reubicar. Mi nueva habitación era mucho más pequeña, con una ventana diminuta y lejos de la entrada. No me gustó mucho pero de nada serviría que me quejara.

–¿Necesitas algo más Taylor? –Dijo María mientras me ayudaba a poner mis maletas en el closet de la habitación.

Quería preguntarte...

Ambas nos sentamos en la cama mientras yo escribía.

Hablé con un chico que entró en una habitación con la puerta color verde oscuro, al fondo de las canchas.

–Ummm... y me quieres preguntar el porqué está aquí.

Asentí.

–Deberías tener cuidado Tay. Es un reincidente por drogadicción. Probablemente cocainómano. Ellos suelen robar y buscar problemas.

Me asombré y por fin pude entender las cosas que él me dijo. A lo que se refería.

–Ellos van y vienen todo el tiempo. No se toman esto en serio.

María se despidió y yo me acosté en medio de la oscuridad de mi habitación y el completo silencio que me aterrorizaba. Quería regresar a casa pero ya no la sentía como mi casa. No sabía donde estaba mi hogar, estaba perdida.

Mis guardaespaldas debían quedarse en el centro pero no había espacio para que pasaran la noche, entonces debían salir, quedarse en una casa alquilada y regresar en la madrugada a cuidarme. Eso me ponía peor de nerviosa. A veces pensaba que podrían venir a raptarme otra vez. Mi manera de encontrar fuerza era mediante la meditación. Me imaginaba que era un todo gigante. Uno poderoso y fuerte que irradiaba energía y luz. En ese estado me imaginaba a quienes me querían hacer daño del tamaño de hormigas, yo no los hería pero los intimidaba. Yo era más que ellos.

Cuando mis técnicas de meditación no funcionaban empezaba a sentir rabia por tener que estar ahí, por mi vida y la suerte que había perdido, pero tenía que tranquilizarme. Si me daba otro ataque me iban a encerrar o algo peor, así que, tenía que aprender a controlarme. Esa noche me desquité con mi almohada.

Los siguientes días en el centro, fueron mis días de adaptación, y traté de mantener mis distancias con Nico aunque lo veía a lo lejos. Cuando él quería acercarse, simplemente me levantaba e iba a otro lado. Unos días estaba radiante pero otros parecía haber sido arrastrado por el suelo. En esos días de pesadumbre podía sentir un profundo dolor en sus ojos. Esos ojos que no me mentían.

Cuando Nico se encontraba así, solía dibujarlo. Yo no era artista ni mucho menos, pero hacía arañes y rayones de colores que me recordaban a él. Las líneas de sus ojos y sus cejas, también practicaba las curvas de sus labios.

“Ay no, creo que me gusta de verdad.”

El programa que llevaba con el psiquiatra en el centro, comprendía diferentes componentes y niveles que veía todos los días durante la semana. El fin de semana tenía derecho a visitas de familiares y amigos.

Los componentes del primer nivel, educacional, eran identificación de los desencadenantes, beneficios, como expresarse, pensamientos distorsionados, y eventos externos. Los del segundo nivel, terapéutico, eran: evaluación interna, dinámica de grupo, relaciones intensas y conflictivas, comunicación. El tercer nivel era el de emoción, conducta y consecuencias, teniendo el objetivo de exteriorizar los sentimientos de manera saludable.

Las terapias me ayudaban pero la medicación me hacía sentir pésimo. Tenía tiempo libre durante el día, pero solo quería estar acostada o cerca de un baño. Una tarde, dormí tanto y me sentía tan mal, triste y deprimida, que me salté la comida y el desayuno. No era normal, me parecía muy raro que esa medicación me hiciera sentir peor, así que, a veces hacía trampa y no me tomaba las medicinas. Cuando no me la tomaba, me encantaba ir a ver jugar a los chicos a la cancha. Compartía y me comunicaba con algunos de los residentes y esperaba por el momento de ver a Nico.

–¿Por qué me estas evitando? –Me dijo Nico sorprendiéndome cuando cruzaba una esquina para dirigirme a los salones de terapia.

Negué con la cabeza.

–Sí, es bastante obvio.

“¿Cómo le digo?”

No sé si eres quien dices ser.

–¿Acaso quién digo ser? Yo no soy otra persona que esto, lo que ves y lo que soy contigo. No hay más.

Está bien Nico. Todos tenemos secretos.

–Pero no tengo secretos. Dime. ¿Qué pasa? –Puso sus manos en mis mejillas y me miró fijamente. Se estaba acercando mucho a mi rostro y me intimidaba. Me ruboricé y lo alejé, luego, salí corriendo para el salón donde tendría la terapia grupal.

No podía dejar de pensar en él.

–Te vi con un chico allá afuera, picarona. –Me susurró una chica morena de cabello rizado y una sonrisa preciosa.

¡Que vergüenza!

–No te preocupes. Él es lindo. ¿Lo conociste aquí?

Sí, pero parece que tiene muchos problemas.

–Todos tenemos problemas.

Charlamos mientras la asesora estaba ocupada dialogando con uno de los residentes.

Pero no sé si él es real conmigo... Tienes razón, creo que debería ser más comprensiva con él.

–Solo habla con él y ya. No dejes que las suposiciones los alejen... además, es bonito que alguien se preocupe por ti.

Asentí y dirigimos nuestras miradas a la asesora que seguía con la terapia.

En la noche, esperé a Nico en el comedor. Había ensayado algunas líneas para hablar con él con sinceridad, pero Nico no fue a comer ese día.

Suspiré.

Al otro día, en la mañana, nos reunimos con algunas chicas de la terapia a ver a los chicos jugar en las canchas. Era un momento agradable. El sol iluminaba las copas de los árboles y el pasto. La naturaleza resplandecía con colores vivos y animados. Era de esos momentos en los que parecía no tener ningún problema.

El juego tuvo un receso y los muchachos se dispersaron. Uno de ellos se acercó sudando a mí.

–Me dijeron que le gustabas a alguien.

¿?

–No sé, es un secreto. Pero te va a dar una sorpresa si lo descubres.

–Uuuhhhh. –Dijeron las chicas de manera coqueta. –¿Quién será? – Parecían emocionadas.

Eso es tonto, dile que me lo diga en la cara.

Todos se rieron y yo también.

Es broma. XD

–¡Una chica ruda!

“Para nada, creo que en el fondo soy muy tímida.”

–¿Quién es, quién es? –Dijo una de ellas mientras le jalaba la camisa insistentemente.

–No está aquí, pero le voy a entregar tu razón.

Me abalancé sobre él negando con la cabeza.
–Ah sí, sí lo haré.

En la tarde no me encontré con él y tampoco durante la cena. Cuando estaba despidiéndome de los guardaespaldas, en la puerta principal, vi a Nico bajándose de una camioneta con los logos de Eilish y entrar al centro. Parecía con el rostro cansado, pálido, movimientos lentos y respiración dificultosa.

Moví mi mano saludándolo y él se acercó. Caminamos juntos hacia las canchas en medio de la oscuridad y la escasa luz de los faroles que rodeaban las gradas.

¿Estás bien?

–Ahora estoy mejor, que estoy contigo.
“Ay, ¿por qué es tan coqueto?”

Yo también... ¿dónde estabas?

–¿En verdad quieres saber?
Asentí.

–Yo... –Él dudaba y no sabía exactamente que palabras decirme. Nos sentamos en las gradas. –Yo... estoy aquí en un programa de rehabilitación y... a veces es normal tener fuertes síntomas de abstinencia. En la unidad médica de La Mesa me ayudan a lidiar con eso y últimamente ha sido más sencillo, creo que ha ido mejorando mucho.

*¡Eso es genial, Nico! Me alegro mucho que estés mejorando.
Tengo que decirte algo... Algo que me contaron y quisiera
que fueras sincero.*

Le conté lo que me había dicho María y él me explicó que era cierto. Él había hecho cosas horribles en el pasado, al igual que muchos de los jóvenes que se encontraban en el centro por el mismo motivo, debido a su adicción, pero este era su segundo intento de rehabilitación, todas las cosas malas que había hecho ya estaban en el pasado.

–Nadie es un santo. Todos mienten y defraudan, pero a nosotros nos tildan porque tenemos un problema mental de adicción. Yo, a diferencia de muchos, lo puedo aceptar y soy consciente ahora de todos los errores que cometí por no tener la fuerza de voluntad para salir de esto. Ahora estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario por no volver a cometer esos errores... Yo sé lo que

cuesta ganar la confianza de las personas y no las voy a defraudar... No te voy a defraudar.

Sentí un frío en mi estómago cuando dijo esas palabras.

Yo confío en ti.

–Jamás haría nada para hacerte daño. –Me dijo mientras me tomaba de las manos.

Me sentí nerviosa y emocionada al mismo tiempo.

Y, ¿qué sabes de un chico al que le gusto?

–¡Ah! Sí, lo conozco.

“¿Lo conoce, no es él?” Pensé.

¿Yo me hablo con él?

–Sí.

¿Lo tengo en frente en este momento?

Soltó una carcajada. –Me descubriste.

Me ruboricé.

Nico miraba mis labios y sabía que quería besarme. Justo cuando estábamos a un centímetro de distancia escuchamos alguien que gritó desde las habitaciones.

–¡Duarte!

“¡Ugh!”

Era uno de sus compañeros que lo llamaba por su apellido.

Nico se levantó y me dio la mano para ayudarme. –Mejor vamos a descansar ya.

“¡No me hubiera demorado tanto y me le hubiera lanzado!”

Algunos días me sentía inexplicablemente deprimida y eran justamente cuando no lo veía por ningún lado y parecía que nadie quería tener ningún contacto conmigo. No los juzgaba, sabía que era incómodo tener que comunicarse conmigo. Tener que esperar a que escribiera en mi libreta o tratar de adivinar mis expresiones. Me sentía muy sola y mi cabeza no me ayudaba para nada. Tenía ciertas ideas sobre como terminarlo todo, como terminar con mi vida. Podrían haber sido efectos secundarios de la medicina pero empezaba a pensar en la posibilidad.

“¿Qué se sentirá morir? ¿Para qué tendría que seguir viviendo si mi vida no

volverá a ser la misma? ¿Tiene algo de malo que piense esto? No, es mi vida y yo decido.”

Observaba las venas en mis muñecas. Las acariciaba e imaginaba la sangre que recorría cada uno de los rincones de mi cuerpo, y luego recordaba el terrible dolor por el que tuve que pasar cuando me hirieron el cuello.

“No, jamás podría hacerme daño. El dolor es horrible.”

Así como Nico también me hice una promesa. “Voy a cuidarme siempre. No voy a permitir que nada me hiera ni me haga daño. Yo me amo, amo mi cuerpo y todo lo que yo soy sin importar lo que piensen los demás. Yo soy mi prioridad ahora y me voy a proteger cueste lo que me cueste.”

Cuando Nico estaba de buen ánimo era muy sociable y hablaba con muchos de los residentes del centro, se reía y bromeaba. Era el tipo de chico que le caía bien a todos porque simplemente era encantador.

–¡Adivina qué! –Llegó Nico a sorprenderme mientras me encontraba dibujando, una tarde, en el área común.

–Tienes que dedicarte al arte, ¡me encanta lo que haces!

Gracias lindo, ¿pero qué pasó?

–Ah. Resulta que como me he portado tan bien, me van a dar dos días de vacaciones y las podré tomar cuando yo quiera.

Nico. ¡Qué bueno!

–Si sigo así puedo salir antes del tiempo esperado, y, cuando salgamos, voy a invitarte a salir. Con todas las de la ley.

Me hacía reír mucho. “¿Quién usa esas expresiones hoy en día?”

Está bien, espero nuestra cita.

–Te voy a llevar a un lugar increíble donde podremos ver la ciudad en la noche. ¡Las luces se ven geniales! Pero, ¿cómo vas tú, estás bien?

Me encantaba que pensara en hacer planes conmigo. Cuando hablaba de los dos, parecía tener un resplandor especial.

No le había dicho que me estaban tratando los ataques de ira en el centro. Mucho menos que todo se debía a que me habían secuestrado y me habían cortado el cuello en un intento por asesinarme. “No sé si contarle. Aún no tengo la fuerza de ser sincera y tengo miedo que me valla a juzgar, además que hay días en que no me tomo la medicación, no creo que entienda lo mal que me

hace sentir.”

*Estoy muy bien, pero es un proceso lento. Ahora quiero enfocarme en exteriorizar mis sentimientos mediante el arte.
Me ayuda mucho a lidiar con todo.*

–Y me gusta que lo hagas. Yo te apoyo.

Gracias. He pensado que quizá podría estudiar artes.

–¿No eres una artista ya?

Me reí.

Claro que no. Son solo mamarrachos.

–Parece que hay mucho que aún necesito saber sobre ti. –Me dijo mientras me guiñaba un ojo.

Eso solo me ponía más nerviosa.

–He visto que también escribes. ¿Has escrito sobre lo que te pasó? –Dijo señalando mi cicatriz.

No. Quizá lo haga cuando ya no me duela recordarlo.

5 El ego herido del poder

Ese sábado en la mañana los chicos del centro tendrían un partido de básquetbol. Habían volantes pegados en las puertas para invitar a los residentes, y yo sabía que él iba a jugar. Lo había visto practicar con otros muchachos.

¿Vas a verme hoy? Si gano, te dedico el triunfo a ti. -N.

Escribió en un papel y lo metió debajo de mi puerta.

Salí afanada pero ya no estaba.

“Piensa en mí, tan lindo... Yo también lo pienso a todas horas. Él se siente diferente.”

Nos sentamos con otras chicas en unas pequeñas gradas junto a la cancha mientras empezaba el partido.

Nico venía con algunos chicos y se separó del grupo para acercarse a mí, yo me levanté y di unos pasos en su dirección.

“Wow, no había caído en cuenta que era tan alto. Es como 15 centímetros más alto que yo y con su apariencia larguirucha se ve encantador. Me agrada... siento que me puede proteger.”

Estaré muy feliz con que ganes y me lo dediques. ¡Suerte!

Le mostré mi agenda mientras se me ruborizaba el rostro.

–¿Sí? Y, ¿qué me vas a dar si gano?

Me encogí de hombros.

–Tiene que ser algo muy especial.

Entrecerré los ojos.

¿Un beso?

Soltó una carcajada. –¡Me encantaría!

Pero en la mejilla.

Siguió riéndose. –No, eso es trampa. Entonces yo decidiré en dónde. –No pude decirle más cuando ya estaba corriendo hacia la cancha para comenzar el partido. Su mirada estaba iluminada y resplandecía de energía.

Así era como más me gustaba verlo. Lleno de energía, lejos de la oscuridad que rodeaba su adicción.

El juego comenzó y yo hubiera deseado tener voz para gritar como las otras

chicas. Era tan pero tan difícil no poder hablar cuando lo has hecho toda la vida, cuando ha sido natural y lo das por sentado. Cuando todos a tu alrededor lo hacen y tú, ahora eres diferente. Jamás me había sentido tan diferente.

Quería ser normal, rogaba al cielo y a Dios por ser normal. No me había tomado mis medicinas así que tenía mis sentimientos como una montaña rusa.

El equipo de Nico iba ganando y yo iba perdiendo el ánimo.

“Tengo que estar feliz por él, tengo que estar feliz por él.”

Y no aguanté más. De nuevo estaba llena de rabia y tristeza. Corrí a mi habitación y lancé todo lo que me encontraba por los aires. Todos los papeles y los lápices, mis dibujos y escritos cayeron por todo el suelo. Odié mi infortunada situación y me odie a mí misma. Creo que fue mi punto más bajo porque antes, nunca, me había culpado a mí. Puse mis manos en mi garganta y la apreté con tanta fuerza que sentí como mis uñas se clavaban en mi piel. Estaba de rodillas en el suelo y gruñía con mi garganta llena de ira mientras me apretaba cada vez con más fuerza.

Escuche que golpearon a la puerta pero yo no podía detenerme. Golpearon tan fuerte que luego escuché como una patada rompía el cerrojo y la puerta se habría de par en par. Era Nico.

–¡Por Dios, Tay. ¿Qué estás haciendo?! –Se abalanzó sobre mí, cerrando la puerta, y separó mis manos de mi cuello. Yo tenía el rostro lleno de lágrimas y las uñas llenas de sangre.

Por fin pude entrar en razón y me recosté en su pecho mientras lloraba. No podía verlo a los ojos. Me sentía tan avergonzada de que me hubiera visto así.

Pasó un tiempo y ambos permanecimos en silencio. Nico me consolaba y acariciaba mi cabello.

–¿Estás mejor?

No hice ninguna expresión, simplemente me separé de su pecho y miré al suelo.

–Tienes que ir a la enfermería.

Negué con la cabeza aunque me dolía moverla. Acerqué uno de los papeles del suelo y escribí.

No, te lo ruego. Ellos no pueden saber.

–Tay. Si quieres mejorar, lo tienen que saber. ¿Es esto lo que te tratan aquí?

*Sí. Tengo ataques, pero sé que los puedo controlar solo
necesito tiempo. Necesito pensar...*

–Así no funciona cariño.

Tienes que prometerme.

Él resopló y negó con la cabeza. Yo resalté mis anteriores palabras para que las entendiera. Las resalté mirándolo agitada.

–Está bien, está bien... supongo que tienes que encontrar tu paz interior.

“¿Mi paz interior?” Eso me dejó pensando.

–Ya vengo.

Nico salió de la habitación y cuando regresó trajo un kit de primeros auxilios y un destornillador. Mientras tanto yo recogí uno a uno los papeles y todo el desorden que había hecho.

–Hola preciosa. Traje agua oxigenada y unas vendas, supongo que tienes visita hoy y no vas a querer que te vean así.

Se sentó en mi cama y yo junto a él.

“¿Él tendrá visitas?”

Mientras me hacía curación miraba mis dibujos, algunos aún por el suelo.

–Tienes talento niña.

Negué con la cabeza.

–Claro que sí. –Untaba delicadamente el agua oxigenada en mi piel y yo sentía que ardía, arrugaba mis ojos y me aguantaba. –Es un tipo de arte muy especial, tiene mucha fuerza y expresividad. Sé que te iría excelente en la carrera de artes –Luego puso unas vendas delgadas y las pegó con microporo.

Cuando estaba tan cerca de mí podía sentir su olor. Sus ojos eran color miel y tenía unas pecas preciosas por la nariz. Nico puso su mano sobre mi mejilla y me acarició.

–Ganamos.

Sonreímos y él se acercó lentamente a mis labios para darme un beso. Nos besamos con tanta fuerza que casi se me olvidaba donde estaba. Se me olvidaba quien era yo. Me encantaban sus besos y su ternura pero me daba miedo. Me aterraba todo lo que él me hacía sentir.

Luego de unos besos apasionados Nico puso una expresión de seriedad y se le notaba que quería hablar de un tema serio pero no sabía como decirlo. Dudaba con los labios entreabiertos.

–Quiero confesarte algo.

Moví mi mano haciendo un gesto de duda.

–Yo leí sobre ti. Una chica me contó lo que te pasó pero busqué por mis propios medios y encontré algunos artículos de la prensa.

“Oh mierda.”

No quería que te enteraras así. Simplemente... es muy difícil de contar.

–No, Tay, no te preocupes. No me tienes que contar. Yo sé que es tu privacidad pero... todos hablan de eso.

¡Quería contarte!

–Está bien. Ahora ya lo sé. Fue horrible lo que te hicieron y... no me puedo ni imaginar por todo lo que has pasado.

No quiero que sientas lástima por mí.

–¡Jamás sentiría lástima por ti! Tay. Eres la chica más valiente que conozco... Estar junto a ti, también me hace ser más valiente. Como si hubiera algo por qué luchar. Alguien...

No pude evitarlo y me lancé a abrazarlo. Él era tan respetuoso y comprensivo. Sus solas palabras me ponían en un lugar que no encontraba vagando en el silencio.

Luego del almuerzo, mamá y papá llegaron a visitarme en el centro. Mamá estaba muy afligida pero mi padre parecía muy tranquilo. Insistían en que el centro era lo mejor para mí.

–¿Cómo que te cambiaron de habitación? –Dijo mi madre asombrada. – Nosotros estamos pagando un trato exclusivo, esto es inadmisibile.

–Ya cariño, seguramente es por el bien del programa. –Dijo mi padre.

–No, la directora me va a escuchar. También quiero que los guardaespaldas estén contigo 24/7, sin ninguna excusa.

Yo trataba de controlar a mamá pero creí que lo de mi ira era genético.

Mi madre se reunió con la directora del centro, mi padre y algunos directivos. Yo los esperé afuera de su oficina pero salió con una sonrisa en el rostro.

–Ya todo está arreglado tesoro. Vas a regresar a tu habitación y vas a estar vigilada todo el tiempo. Ya nadie te hará daño hija. –Mamá me abrazó tan fuerte que casi me rompe los huesos.

“Creo que tú también necesitas terapia mamá.”

–Hija, si necesitas el celular aquí lo tienes. Tu tienes permitido usar celular aquí en el centro. –Dijo mi madre antes de despedirse, sacando mi celular y poniéndolo en mis manos.

Yo negué con la cabeza.

–Entonces guárdalo y solo lo usas en caso de emergencia. Yo estaré atenta a cualquier mensaje que me quieras enviar.

Asentí. “Probablemente lo tenga apagado todo el tiempo.”

Mi papá estaba muy distante conmigo pero no quise decirle nada, ya todo estaba demasiado fuera de sí como para echarle más leña al fuego.

En la noche María me acompañó a volver a cambiar mis pertenencias para mi antigua habitación grande.

A mi no me molestaba mi antigua habitación pero mi mamá ha estado un poco paranoica.

–Tienes que entenderla.

Sí, creo que puedo entender su preocupación.

María se marchó y yo me quedé en mi habitación terminando de poner algunas cosas en mi closet. Dejé mi celular apagado sobre la mesa de noche y estaba organizando mis papeles cuando escuché que golpeaban a mi puerta. Abrí y era la directora.

Hice una reverencia en forma de respeto.

–Señorita Salens. –Me hablaba de manera intimidadora. –Según entendí usted no se encontraba muy conforme con nuestros servicios. –Se acercó a mí y yo retrocedí.

“Si me hace daño, ¿con qué me puedo defender?”

–Tiene que entender que en mi posición, es muy sencillo convencer a su familia de que su condición empeoró y enloqueció por completo.

Abrí mis ojos como platos. No podía creer lo que me estaba diciendo.

–Aquí yo no acepto la insolencia y, si quería quejarse, muy bien pudo haber dicho algo. Ah, se me olvidaba, no puede hablar.

“Que maldita.”

–No nos vas a hacer quedar mal de ahora en adelante. –Me empujó y tomó mi celular.

Quise detenerla pero tenía mucha fuerza y de un empujón me envió al otro lado de la habitación. Salió y cerró mi habitación con llave. No pude hacer nada, no pude detenerla.

Me encerró y estaba incomunicada. Nico no sabía dónde estaba, solo María y la directora. La ventana no se podía abrir y tenía unos vidrios muy

gruesos, sería imposible salir de ahí.

“No voy a perder el control. Tendrá que venir alguien en algún momento y ahí me voy escapar. Juro que me voy a escapar.”

Esa noche no pude cenar y de nuevo me sentí horrible. No podía creer que eso me estuviera ocurriendo. Golpeé la puerta con fuerza y traté de hacer sonidos con mi garganta pero era imposible. Nadie vino a ayudarme.

A la mañana siguiente me sentía muy débil. Estaba acostada en mi cama en posición fetal cuando entró una persona y rápidamente dejó un plato en el suelo, antes de que yo pudiera levantarme, se fue y cerró la puerta.

“Al menos no me van a dejar morir. Dios, ayúdame. Tengo idear un plan para salir de aquí.”

Con la primera mordida me sentí mareada. “¿Qué tiene esta comida?”

No sé exactamente que era pero me sentía peor que con mi medicación. La comida tenía algo que me hacía sentir débil y triste.

Los siguientes días me debatía entre comer y estar en estado zombie, o no comer y morir de hambre. Por supuesto que tenía que alimentarme, así que, no tenía salida. Entre más pasaba tiempo, más sentía que mi cabeza se volvía contra mí. Las cosas que veía en mi habitación parecían monstruos. Me refugiaba entre las cobijas pero eso no me quitaba el miedo. De repente, en mi cabeza, todas las cosas a mi alrededor se volvieron malas. Sentía que me querían hacer daño y estaba sola en el mundo.

Cuando tenía ánimos y dejaba la paranoia hablaba sola y armaba planes imaginarios para salir. Cosas loquísimas y fantasiosas como naves voladoras por la ventana o robots que venían a salvarme.

Mi único consuelo eran mis dibujos. Habían noches que pasaba de largo dibujando hasta que me dolían los dedos, repartía los papeles por todo el suelo y solo tenía fuerza para rayar acostada.

Empecé a dibujar a todos mis conocidos, mis amigos y mi familia, y a ponerlos por toda la habitación. Sabía que no eran reales pero de alguna manera ellos me acompañaban, me cuidaban. Un rostro para cada hoja, dibujados hasta el más mínimo detalle y precisión en cada línea. Rostro, ojos, nariz, boca, cejas, cabello. Cada uno de memoria.

“Ya no me van a abandonar. No estoy sola. No estoy sola.”

Pero Nico. Nico era mi enemigo. A Nico no lo podía dibujar porque me atacaba la ira, luego el llanto y me perdía en mis pensamientos ilógicos. Me

dolía pensar en él y en mi frustración al no poder dirigirle ni una palabra. Deseaba ser normal para gritarle todo lo que me hacía sentir. Nico hacía que me odiara.

Un día, en medio de mi paranoia, sentí que estaba detrás de la puerta y difícilmente le escribí una carta que mandé debajo de la puerta.

*Mi amado Nico. Tengo que dejarte. El problema no eres tú,
tú eres valiente y no dudas por nada. Eres temerario y único.
¡No cambies! El problema soy yo cuando estoy contigo.
Trato de ser como tú pero no puedo... no puedo ser como tú.
Me hago daño y me haces daño.*

Te dejo porque me pierdo en ti cuando necesito encontrarme.

Luego de escribir y enviar la carta tenía un terrible vacío en mi corazón. No sabía exactamente que era real y que no, pero sentía como si Nico me hubiera abandonado y hubiera sido por mi culpa.

Estar bajo la influencia de una sustancia es algo horrible. No era dueña de mi cuerpo ni de mi cabeza, no estaba presente en la realidad, no vivía.

En momentos no lo soportaba y necesitaba saber si mi vida era real. Necesitaba a Nico y lo necesitaba con urgencia.

Un día desperté un poco más lúcida de lo normal, con un amargo sabor en la boca y el estómago apretado, había sido una noche difícil, y decidí que ese sería el día en que iba a escaparme.

No comí desayuno ni almuerzo, boté la comida en un rincón de la habitación y todo el día fingí que me encontraba como en los anteriores. Me preparé para esperar la cena detrás de la puerta, tenía en mi mano una de mis plumillas, pensaba atacar de sorpresa a quien quiera que viniera y abriera la puerta. Tendría oportunidad para salir corriendo. Estaba mareada y no veía con claridad pero me las arreglé para mantenerme en pie contra la pared.

“Tengo que hacerlo. Yo soy fuerte. No tengo miedo.”

No sé de dónde saqué fuerzas pero me sorprendí a mi misma con lo decisiva que me encontraba.

Luego de un tiempo de estar alerta junto a la puerta, como predije, un hombre abrió la puerta y entró dejando una bandeja con comida en el suelo. El hombre tardó en percatarse que no me encontraba en la cama, en ese momento se sobresaltó.

Yo estaba temblando y sentía el palpitar de mi corazón en mi cabeza. Con todas mis fuerzas y gracias a un estallido de adrenalina dentro de mí, me lancé

sobre su cuerpo y traté de atacarlo con la plumilla en mi mano.

El hombre no tuvo que luchar mucho para someterme.

–Serás tonta. –Dijo riéndose mientras cerraba la puerta.

Yo estaba aterrada.

–¿Cómo piensas salir de aquí? No puedes ni moverte.

Yo persistí en mi intento de atacarlo y cuando estaba sobre él, me tomó por los brazos e intentó tocar mi cuerpo.

“¡Suéltame maldito!” Luché con todas mis fuerzas y lo golpeé en la cara. Mientras forcejeábamos me observaba con rostro morboso.

“Tengo que llamar la atención, ¡alguien tiene que escuchar!”

Tumbé por todos lados mis pertenencias, en especial contra la puerta y me aseguré que hiciéramos ruido mientras luchábamos. Entre el movimiento violento de nuestros cuerpos contra una repisa que se encontraba contra la pared junto a la puerta, esta se tambaleó y yo la empujé para que se fuera al piso. Hizo muchísimo ruido pero no fue suficiente, ese hombre de expresión horrible me tenía bajo su cuerpo y completamente dominada.

Fue la segunda vez que detesté mi vida. Lloraba y no sabía porqué eso me pasaba a mí. ¡Quería gritar con tanta fuerza que mi garganta me ardía!

“Ayuda, ayuda, ayuda. Por favor.” Ya no me quedaban fuerzas.

Un golpe repentino abrió la puerta y sentí otro estallido de adrenalina en mi cuerpo. Era Nico. Jamás mi corazón latió tan rápido ni salieron lágrimas de felicidad de mis ojos como en ese momento.

Nico lanzó al hombre de un fuerte puño en el rostro, hasta el otro lado de la habitación. Estaba enfurecido. Le dio tan fuerte en la cabeza que quedó inconsciente pero le seguía golpeando.

–¡Hijo de puta! ¡Malnacido!

Yo intenté incorporarme pero escasamente me pude sentar. Nico me observó y se apresuró a ayudarme a levantar.

“¡Tenemos que salir de aquí, por favor sácame de aquí!” Le señalé hacia fuera de la puerta.

Nico me apretó en sus brazos y me alzó con fuerza para ayudarme a caminar.

Lo sacudí y le señalé el piso. No iba a dejar todos mis dibujos allí. Entre los dos los recogimos todos y los metimos en una pequeña maleta que tenía debajo de mi cama.

Estaba de noche y habían muy pocas personas transitando por las instalaciones del centro. Dejamos atrás la habitación completamente

desordenada y nos dirigimos hacia la parte trasera del centro cerca de los árboles.

–Tay. ¿Estás bien? Dios. Perdóname por no estar pendiente de ti. Soy un idiota. Yo encontré la carta que me escribiste pero jamás me imaginé que te tenían encerrada.

Negué con mi cabeza. Con la poca fuerza que tenía pude escribirle.

Nico, me arrepiento. No estaba siendo yo.

Él me abrazó. –Siempre que quieras alejarte de mí lo entenderé. Yo no soy la mejor persona para nadie.

Eres la mejor persona para mí.

Tengo que escapar de aquí, tienes que sacarme, por favor.

–Tay, ¿quién te hizo esto?

Fue la directora. ¡Ah, mi celular! Está en la oficina de la directora.

–Hagamos una cosa. Voy a llevarte al hueco y me esperas allí, yo iré por tu celular y mis cosas, y nos vamos de aquí, ¿sí?

“¿El hueco?, en ningún idioma eso suena bien.”

Está bien. Es un Samsung Galaxy negro FG y tiene un sticker en la parte de atrás.

Nico me llevó hasta un área de pasto alto detrás de las últimas habitaciones. Allí se encontraba un joven con el uniforme de guarda de seguridad del centro.

Me acordé de mis guardaespaldas. “¿Dónde estarían todo este tiempo? Que inútiles, apuesto que también los habrán comprado.”

–¿Qué pasó? –Preguntó el joven al vernos llegar.

–Nos vamos a ir esta noche. –Respondió Nico.

–No, si se va hoy no se lo perdonarán esta vez, no aprobará.

–Eso no importa ahora. –Dijo Nico mientras me ayudaba a sentarme en el pasto. –No me demoro nada, te lo prometo. Yo confío en él, aquí estás segura.

Yo apretaba su ropa para que no se fuera pero sabía que era lo que teníamos que hacer.

Nico se marchó corriendo entre la oscuridad.

–El está haciendo un sacrificio muy grande por ti. –Me dijo el chico mientras rompía el silencio incómodo que era inevitable conmigo.

“Un sacrificio que jamás había hecho nadie por mí.”
Mientras que Nico volvía le escribí.

*Solo llévame a casa y prométeme que volverás al centro.
Tienes que seguir con tu programa. No puedo ser la razón
porque no lo cumplas.*

Afortunadamente Nico no se demoró mucho. Llegó corriendo agitado con una mochila en sus hombros y mi celular en las manos.

–¡Ahora si tenemos que irnos, ya!

Parecía que se hubiera peleado con alguien más.

Puse el papel frente a sus ojos para obligarlo a leer. Nico lo leyó y asintió.

–No te voy a dejar sola de aquí en adelante. Digas lo que digas. ¡Ahora, vámonos!

“Aaggh.”

–Despídeme de todos. –Le dijo casi con tristeza en su voz.

El hombre nos guió hasta una zona donde la reja eléctrica se interrumpía. Era un pequeño espacio abierto entre el pasto que requería que nos agacháramos para atravesarlo. Luego de eso, caminamos mucho entre la vegetación hasta que encontramos una carretera. La luna estaba llena y la podía ver a lo alto, en medio del cielo.

Estaba muy cansada y sentía que no podía continuar. Se me doblaron las rodillas y negué con la cabeza.

–Tay, tienes que intentarlo. Estamos cerca del pueblo.

Negué con la cabeza. Simplemente no podía, mi cuerpo no me respondía.

–Está bien. Voy a cargarte en mi espalda.

Mientras me llevaba en su espalda me sentí tranquila. Por fin estaba segura y estaba con él. Solo él podía hacerme sentir todas las cosas que jamás sentí por nadie.

–Tay, escucha. –Me dijo con su voz agitada. –Vamos al pueblo y vamos a contratar un auto que nos lleve en Bogotá. Te voy a acompañar a tu casa entonces, pero no me voy a separar de ti. Tu familia tiene que saber lo que te hicieron en el centro.

No tenía alientos para asentir pero él sabía que estaba de acuerdo. Entre todo el recorrido creo que me dormí en algunas ocasiones. Sentía un poco de lástima porque me tuviera que cargar y estaba enteramente agradecida con él.

Cuando abrí mis ojos, aún agarrada de la espalda de Nico, para observar el cielo que se tornaba violeta, pude ver el pueblo.

Finalmente.

6 El peso agobiante de los secretos

Antes de tomar el automóvil en la madrugada, tomamos café en la carretera y unos pasabocas. Tenía mucha hambre. Compramos paquetes de comida para llevar.

No tuvimos que ir hasta el terminal del pueblo porque un taxi se ofreció a llevarnos hasta Bogotá por un precio mucho más barato que los autos contratados. Nico había sacado su dinero con él y me dijo que con eso podríamos llegar.

El señor fue muy amable y quiso ayudarnos. Yo le escribí la dirección de mi casa en una hoja de mi libreta y se la entregué.

En el recorrido me sentí tan tranquila junto a él. No sé si era por las drogas que aún seguían en mi sistema, pero estar entre sus brazos parecía irreal. Me acariciaba la cabeza y me daba suaves besos. Tomó mi mano y cruzamos nuestros dedos.

–Tranquila cariño, ya todo terminó.

Pude dormir una hora y cuando desperté me sentía mucho mejor. Abrí los ojos y me incorporé. Nico estaba durmiendo contra el vidrio de la puerta del taxi. ¡Se veía tan lindo! No me había soltado la mano en todo ese tiempo.

Llegando a Bogotá el cielo ya empezaba a aclarar.

“Por fin en casa.”

–¿Qué piensas decirles cuando llegues a casa? –Me preguntó él mientras se estiraba y desperezaba.

Yo la verdad no tenía idea. Ni siquiera había pensado en eso.

Voy a entrar en casa, yo sé la clave de la puerta de seguridad. Cuando esté dentro simplemente buscaré a mi familia y les contaré todo.

–¿Encendiste tu celular? Deberías escribirles.

Negué con la cabeza. No quería tener que lidiar con eso. “Ellos no entenderían si no me han visto la cara. Pensarán que me escapé por caprichosa. Simplemente no.”

–Ah, Tay. ¿Qué vamos a hacer? –Suspiró.

El taxista nos dejó a una casa de la mía.

Nico cargó nuestras dos maletas fuera del automóvil mientras yo conseguía algo de fuerza para caminar. Aún me sentía débil. Abrió los ojos asombrado cuando vio mi casa.

–¿Tú vives aquí? –Me preguntó.

Asentí. Luego me dirigí a la puerta pequeña junto al portón de ingreso de autos e ingresé el código para abrir la puerta. ‘54399009’.

Luego de un Bip, la puerta se abrió.

Ambos ingresamos a la casa. Reconocí a dos de nuestros antiguos guardias de seguridad que se quedaron asombrados al verme.

–¡Señorita Taylor! –Dijo uno de ellos mientras se acercaba a recibirme. Lo saludé suavemente moviendo mi mano en el aire. El hombre tenía una expresión de preocupación.

“Pensé que estarían felices de recibirme.”

El hombre trató de evitar que caminara hacia la puerta de mi casa y eso se me hizo muy sospechoso.

–¿Cuál es su problema? –Preguntó Nico enojado.

Tomé a Nico del brazo para indicarle que todo estaba bien y alcé mi mano para que el hombre me dejara pasar.

–Señorita, no creo que sea buena idea que siga sin anunciarse. –Dijo pero yo ya estaba en la puerta. Nico me seguía de cerca.

“¿Por qué tendría que anunciarme? Esta es mi propia casa.”

Toqué la puerta con fuerza para que me abrieran.

Un hombre desconocido me recibió en la entrada y parecía estar muy asombrado por verme.

–Es Taylor. –Dijo hablando hacia el interior de la casa.

Estaba desesperada por no saber lo que estaba pasando. ¡Todo el mundo actuaba muy extraño! Lo empujé a un lado y entré hasta la sala donde estaba mi familia, unos hombres que no conocía y Alfredo, mi antiguo guarda espaldas de Medellín.

“¿Qué, qué?”

Me fui hacia atrás. Recordar su rostro me hizo doler el estómago y hervir la sangre. Lo odié por tanto tiempo y tenerlo en frente me sacó de sí. Casi me le voy encima de las ganas de darle un puño en el rostro, cuando Nico me detuvo por los hombros. –¡Taylor!

–Hija, ¿Que estás haciendo aquí? ¿Escapaste del centro? Y, ¿Quién es él? –Preguntó mi padre alterado.

Nico se puso delante de mí intuyendo que no era una buena situación.

–Tuvimos que hacerlo. La directora encerró a Taylor y la tenía drogada para que ella no pudiera tratar de escapar. No asistía a las terapias ni siguió con el programa, la tenía casi... secuestrada. –Nico sabía que eran palabras delicadas.

–¡Dios. Hija mía, lo siento tanto! –Lo interrumpió mi madre que se abalanzó sobre mí con lágrimas en sus ojos. –Debí suponerlo. Yo jamás debí dejarte sola en ese centro. ¡¿Por qué no me escribiste?!

–La directora le quitó su celular. Yo la rescaté cuando un hombre trato de aprovecharse de ella.

–No importa cuál sea la excusa. Solo te comportas como una malcriada. ¡Debes volver al centro! –Dijo mi padre en voz alta y autoritaria. Todo en mí tembló. Me negaba a regresar.

–Por favor, Juan Carlos, ya basta. Dile la verdad. Dile porqué Alfredo y estos hombres se encuentran aquí. –Dijo mi madre aún con la voz quebrada, exigiéndole a papá.

“¿De qué hablan, a qué verdad se refiere, qué está pasando?”

Yo sujeté a Nico con fuerza, sentía que me iba a desmayar. “Pero, ¿qué está pasando?”

–¡Si no le dices tú, se lo diré yo! –Mi madre estaba perdiendo el control.

Papá trató de tranquilizarnos a todos –Hija, ven, ven acá, siéntate.

Tratamos de tranquilizarnos y nos dirigimos a los muebles para sentarnos. Yo saqué mi agenda, ya no aguantaba más no poder comunicarme.

¿Por qué el hombre que permitió mi secuestro se encuentra en mi propia casa y no encerrado en la cárcel? ¿Acaso no saben que él nos traicionó? ¿Acaso no lo dejé claro?

Mi madre me miró con profundo dolor. –Hija, el secuestro se trataba de un show mediático pero se salió de control.

–Se salió de control porque estos inútiles contrataron a una puta pandilla en vez de hacer el trabajo ellos mismos.

Me levanté de un brinco. “¡¿Que, qué?!” Empecé a caminar en círculos mientras me cogía la cabeza.

–El secuestro impulsaría la carrera de la familia hacia el congreso consiguiendo los votos de los simpatizantes con el proceso de paz. Pero era una jugada arriesgada y aún no lo habíamos decidido por completo. –Dijo mi padre tratando de excusarse por el horror que me había hecho vivir y del cual no parecía muy arrepentido.

–¡Hijita lo siento tanto, jamás me imagine que esto fuera a pasar!

–¡Tú conocías los riesgos! –Gritó mi padre a mamá. –Ahora no te vengas a hacer la santa. Esto es tan culpa tuya como de todos.

“Yo no soy un puto juguete con el que pueden hacer lo que quieran, soy humana tanto como ustedes. Siento y sufro igual que todos. No puedo creer esto.” La rabia y la tristeza crecían en mi corazón.

–No, no te atrevas a decirme eso. No te atrevas. ¡Yo jamás quise que algo tan horrible le pasara a mi hija! –Gritó mamá.

–También es mi hija.

–¡Pues no lo parece!

“Están enfermos. ¿Cómo pudieron hacerme esto?” Mi corazón empezaba a latir cada vez más rápido. Sudaban mis manos y mi frente. La ansiedad se apoderaba de mí y casi podía prevenir un ataque. Sentía como si tuviera un nudo en mi garganta que me apretaba la tráquea con fuerza y me dificultaba respirar. Un nudo con todos los gritos que quería decirles en ese preciso momento y que me ahogaban en desesperación y frustración.

No quise escucharlos más, tiré mi agenda al suelo de la rabia que sentía y salí corriendo. Nico la recogió y salió corriendo tras de mí. Mi madre nos seguía, aún inconsolable, luego, mi padre y los agentes de seguridad de mi familia.

Abrí la puerta y corrí a la calle.

–¡Tay, Tay! –Gritó Nico señalando un taxi libre que se aproximaba.

Me le lancé al capó y el taxi frenó intempestivamente, me subí y mantuve la puerta abierta para que Nico pudiera subirse también. –Arranque, ¡arranque! –Gritó él. Azotó la puerta y el taxi arrancó.

Mi mamá alcanzó a golpear el baúl, y gritó con todas las fuerzas de sus pulmones. –¡Tayloooooor!

Al escucharla se me rompió el corazón.

Empecé a llorar y Nico me tranquilizaba acariciando mi mano. –Llévenos por favor a la 26 con Caracas. –Le dije agitado.

–¿Están bien? –Preguntó el conductor.

–Sí... sí, estamos bien. –Respondió él.

Luego de unas cuadras el taxista se puso nervioso.

–Una camioneta gris nos viene siguiendo.

Yo giré mi cabeza y vi que era uno de los autos de mi familia. Miré a Nico y él entendió. A veces no necesitábamos palabras para comunicarnos. Una mirada suya era suficiente, una expresión mía decía todo. Casi como si

hubiéramos aprendido a leer nuestros rostros así como leemos palabras.

–Por favor, haga todo lo posible por perderlos.

–Yo no quiero problemas joven. –Respondió el taxista bajando la velocidad.

–No, no, no. Por favor. Le pagaré el doble. –Fue lo primero que se le ocurrió a Nico.

El taxista no lo dudó dos veces y aceleró. Hacía zigzag entre las cuerdas como en una película de acción. Al cabo de varias maniobras peligrosas, para esquivar la camioneta, nos pudimos librar de ellos. Yo no había tenido tiempo de preguntarle a Nico a dónde nos dirigíamos pero supuse que se trataba de su casa. Cuando llegamos a nuestro destino pude ver un edificio altísimo de apartamentos rodeado de oficinas bancarias y despachos de abogados. El edificio tenía casi veinticinco pisos y su arquitectura era escalonada. Ingresamos al complejo y el recepcionista saludó a Nico con familiaridad. Era una sala muy elegante y brillante pero sobria y minimalista. Al fondo una mesa dorada con un arreglo de flores gigante que brindaban color a toda la recepción. Entramos al ascensor y nos dirigimos al dieciochoavo piso.

–Aquí vivo yo, Tay. No sabía a dónde más ir.

Asentí.

7 El precio de la libertad

Pensé que estaba bien, no querría estar en ningún otro lugar.

Cuando entramos a su apartamento quedé encantada. El piso del lugar era de madera y tenía muchas bibliotecas con cientos libros por la sala y los corredores. La vista desde los ventanales de la sala era impresionante, se podía ver casi toda la ciudad. El ventanal principal permitía la entrada de la luz que contrastaba suavemente con el naranja de las paredes.

Le pregunté de quién era todo eso y Nico me explicó que vivía solo con su hermano mayor porque sus padres se encontraban en Cali, eran oriundos de allí. Su hermano no estaba en la ciudad porque era administrador de ventas de una compañía y viajaba constantemente. Él prácticamente permanecía solo durante todo el año. Su familia era consciente de sus problemas de adicción, pero simplemente había dejado de interesarse por hacer esfuerzos en su recuperación desde hacía mucho tiempo.

Sentía mucha pena pero tenía que interrumpirlo.

Nico. Me apena pedirte esto pero tengo mucha hambre y la verdad no puedo pensar con el estómago así.

–¡Cariño, perdóname! Lo olvidé por completo. –Se apresuró y puso la cocina de cabeza para prepararme una deliciosa comida con pastas y carne en salsa.

Me lo devoré todo y él se reía tiernamente con mi forma de comer.

Finalmente después de un pequeño descanso pudimos pensar en que íbamos a hacer. Yo estaba tan angustiada por todo lo que me había enterado que temblaba.

–Tay. Quédate conmigo unos días mientras que solucionan todo. Yo entiendo que ahora sientes que tu mundo se está poniendo de cabeza y quiero ser tu roca.

Me derritió, era exactamente lo que necesitaba, que alguien fuera mi roca cuando todo se desmoronaba.

Ir a mi casa no era una opción, yo me negaba, aún no podía creer que mi propio padre me hubiera hecho eso. Estaba tan decepcionada y tan enojada que no quería saber nada de ellos.

–Perdóname Tay pero tu papá es un real cabrón.

Nico me convenció de usar mi celular para comunicarme con mi mamá y

decirle que me encontraba bien. Él pudo darse cuenta que ella estaba realmente afectada por mi situación.

Me costó muchísimo dejar el rencor a un lado y bajar la guardia para escribirle un mensaje a mi mamá. Finalmente nos comunicamos y ella me insistía en volver pero sabía que jamás querría volver.

No podía creer cuanto había cambiado mi mundo en tan corto tiempo.

Finalmente mi mamá entendió que necesitaba tiempo para perdonarla. Me envió las claves de sus tarjetas de crédito para que pudiera comprar todo lo que me fuera necesario por Internet, y me hizo jurarle que le escribiría todos los días para que ella supiera que me encontraba bien.

Mamá convencería a mi padre de no recurrir a la policía para obligarme a volver a casa, aun así no lo podían hacer, yo era mayor de edad y esas decisiones ya no las podían tomar por mí, aunque hubieran podido alegar por mi salud mental.

Esta tarde, Nico y yo permanecemos juntos en su casa y puede aprovechar el tiempo para leer algunos de los mensajes que mis amigos habían enviado a mi celular. Habían algunos de Lina, aún me sentía realmente apenada con ella por lo que había pasado pero en sus mensajes era muy comprensiva y me decía que me perdonaba aunque yo no se lo hubiera pedido. Que entendía todo por lo que yo había pasado y se sentía en el deber de acompañarme en el camino de mi recuperación.

Le conté a Nico sobre mi amiga y él me dijo que ella, a pesar de todo, era una buen amiga, así que decidí contactarla.

Lina estaba realmente feliz de saber sobre mí y yo le conté todo lo que había pasado hasta el momento. Le hice jurar que no le dijera a nadie donde me encontraba. Por supuesto que le conté sobre Nico y ella estaba más emocionada que yo, de que pasara la noche con él.

Nico fue maravilloso conmigo y yo nunca me sentí más feliz. Por fin era libre. Pasamos una noche genial, nos tomamos un vino de su hermano y pedimos sushi a domicilio. Nico quería que durmiera sola en la habitación principal, la de su hermano, y él se quedaba en la suya, pero nos quedamos viendo películas donde su hermano y bueno, no fue necesario que se cambiara de cama. Nos besamos y acariciamos, nos expresamos todos los sentimientos de pasión que teníamos guardados y quedamos dormidos en la madrugada.

Lo primero que hicimos al día siguiente fue pedir desayuno a domicilio y hacer un mercado virtual porque no había casi nada en su nevera.

Necesito ropa pero ni loca voy a ir a casa a traerla.

Estuvimos pensando algunas de las posibilidades. –Si quieres podemos salir a comprar. Yo tengo la tarjeta amparada familiar.

No quiero ponerte más problemas.

–Es obvio que no es un problema, yo te quiero consentir y quiero darte todo lo que tú necesites. –Cuando me hablaba así, hacía que me sonrojara. –Además, nos vendrá bien salir.

Sí, tienes razón. Ya es hora de salir.

No había estado caminando en libertad por las calles de Bogotá en mucho tiempo. No sintiéndome así de tranquila. Había olvidado lo que era la normalidad aunque no fuera mía.

Iba colgada del brazo de Nico pero poco a poco me fui soltando. Escuchar el ruido de los carros, los aviones, las voces de la gente. Ver lo viva que estaba la ciudad me regresaba la energía.

Nico era la mejor terapia que yo pudiera tener.

Caminamos por la calle séptima y visitamos algunos centros comerciales que teníamos cerca. Lo primero que compré fue una bufanda para cubrirme la garganta. Había notado como algunas personas se quedaban mirándome de manera curiosa. No me molestaba pero a veces era incómodo. Compramos camisas, jeans, zapatos, hasta una pijama.

Fue un día muy entretenido. Me gustaba esa vida junto a él, ese sentimiento de felicidad y de tranquilidad que me brindaba. Cuando miraba sus ojos brillantes solo me daban ganas de acariciar suavemente su cabello y darle un beso. Estaba enamorada de él, ¡me encantaba!

Los siguientes días nos la pasamos juntos para arriba y para abajo. Lina nos vino a visitar y lo pudo conocer. Yo también conocí uno de sus mejores amigos de la infancia y se asombró por ver lo recuperado que estaba. Finalmente, estar juntos, nos hacía mucho bien.

Una tarde acordamos una reunión con mi mamá, teníamos asuntos muy serios que hablar. Estaba nerviosa por verla otra vez pero Nico me estaba apoyando. Solo estaríamos los tres.

Ese día nos vimos en un restaurante-cafetería que se encontraba por la calle 32 con carrera 7. Era un lugar tranquilo y muy cómodo para hablar y tomar algo.

Nosotros llegamos primero, yo tenía mi agenda para escribir, y luego

mamá, acompañada con unos guardias que no conocía antes. Ella le ordenó a los hombres quedarse fuera del lugar.

–¡Hija mía! –Se abalanzó a abrazarme. Sus ojos se empezaban a llenar de lágrimas pero yo la tranquilicé con mi actitud.

Nos sentamos y ella le dio la mano a Nico.

–Hija, me alegro tanto de verte. Estos meses han sido tan difíciles. Todos los días me he arrepentido tanto de todo lo que pasó. Hubiera preferido que me pasara a mí, mil veces, antes que verte así, sufriendo e imposibilitada. Hija, por favor, perdóname.

*Mamá, no te preocupes, yo te perdoné hace mucho tiempo.
En realidad he estado bien y muy feliz. Gracias por dejarme
usar tus tarjetas. Nico me ha cuidado mucho.*

–Gracias al cielo por ti. –Dijo mi mamá mientras tomaba las manos de Nico y lo miraba a los ojos.

–No se preocupe. Es lo mínimo que podría hacer.

–No era tu obligación pero aún así lo hiciste y estoy eternamente agradecida por eso.

–Tay a cambiado mi vida y mi forma de pensar. Yo también estaba en el centro...

–Sí, lo sé. Sé que eras un residente. –Lo interrumpió mi madre.

–Y Tay me ha ayudado mucho en mi proceso, ha sido un impulso que antes no tenía. Un ejemplo y una razón para luchar.

–Y acepto que estés con ella. Has demostrado que eres un chico excepcional.

–Gracias. –Era la primera vez que veía a Nico un poco tímido.

Tomé mi agenda y escribí.

*¿Qué era eso tan importante que me querías decir
personalmente?*

–Son muchas cosas hija. Está pasando de todo. Demandé al centro y está en investigaciones por abuso. Nos darán una indemnización y puedes tomar una terapia en casa.

No voy a volver a casa mamá.

–Hija... hija... yo me estoy divorciando de tu padre. Estoy muy sola y solo puedo pensar en ti.

¡¿Qué?!

–Sí.

Nico y yo nos miramos asombrados.

–Tu padre no es quien yo pensaba, solo le importa su carrera política y ha hecho cosas horribles.

¡Pero es papá!

–Sí y tu propio padre te expuso a tantos peligros que no puedo ni imaginar lo que sería capaz de hacernos si nos interponemos en su camino. Está loco. La justicia se encargará de él pero yo ya no puedo seguir casada con un hombre así.

Tomé a mi mamá de las manos y le enseñé mi empatía con ella. Si esa era su decisión entonces yo iba a apoyarla.

Desconozco a papá.

–Nuestra vida no volverá a ser la misma hija. Él no saldrá bien librado pero nosotras podemos tratar de seguir adelante.

Quiero que salgamos adelante mamá, quiero que podamos olvidar todo.

–Yo estaré viviendo en un apartamento que compré en Teusaquillo, no es lejos de aquí. Sabes que siempre puedes ir, siempre que tú quieras.

Gracias mamá.

–Me gustaría, si usted lo permite, que Tay viviera conmigo. Yo vivo en un apartamento con mucho espacio. Mi hermano nunca está pero sé que él aceptará que Tay comparta con nosotros.–Cuando Nico dijo esas palabras yo lo voltee a mirar asombrada. En ningún momento él me preguntó y de repente suelta tremenda bomba. Sentí un frío que recorrió todas mis entrañas.

–¿Tú, quieres eso hija?

Dudé mucho pero sabía lo que quería.

Me encantaría mudarme con Nico. Me siento segura con él, puedes confiar en que me cuida todo el tiempo.

Nico se alegró mucho por mi respuesta y nos abrazamos. Creo que en ese momento mamá cambió su expresión y se sentía más tranquila. Él le daba bastante confianza.

Mamá... yo quisiera pedirte algo. Algo muy importante para mi vida.

Ella parecía asombrada, no sé que se imaginó pero sus ojos quedaron estupefactos.

Desde hace mucho lo he pensado y quiero cambiar de carrera. Quiero estudiar artes.

–¡Bien Tay! ¡Esperaba que lo dijeras! –Celebró Nico.

Mi mamá se tranquilizó y suspiró. –Pero claro que sí.

–Debería ver sus dibujos. Son impresionantes. Tienen tanta fuerza y tanta personalidad. –Nico estaba tan emocionado que no dejaba de hablar. Parecía que fuera él quien quisiera ser el artista. –Y como usa los colores, es simplemente genial. Debería usar lienzos. Sé que haría unas obras de arte monumentales.

–Está bien. También estoy de acuerdo. Tienes que hacer lo que te apasiona y sé que te haría muy feliz. –Dijo ella. –Después de todo lo que has pasado hija mía, solo quiero que seas feliz y trates de volver a tener una vida normal.

Yo estaba tan feliz que la abracé y le di un beso en la mejilla. Eso era lo que yo quería. Ponerle fin a esa pesadilla y regresar a la normalidad aunque dudara de que eso existiera.

Gracias mamá. Yo sé que tampoco ha sido fácil para ti y tampoco quiero que sufras más.

–Hay algo más importante que tengo que contarte. –Prosiguió ella. –He hablado con el doctor Misas.

Abrí los ojos muy asombrada. Era el doctor que me había salvado la vida mediante las operaciones de mi garganta.

–Hay un procedimiento médico que podría recuperar las conexiones nerviosas en tus cuerdas vocales, con mucho trabajo ¡podrías volver a hablar!

¡Me puse tan feliz!

–Pero, ¿cuántas probabilidades hay, es seguro ilusionarse? –Nico estaba un poco reacio pero luego de un momento celebró con nosotras.

–No hablarás igual que antes, pero la parálisis de tus cuerdas te permite la respiración y la deglución, por lo tanto tiene más probabilidades de ser reversible con este nuevo tratamiento, pueden reparar y regenerar los tejidos. Es una gran oportunidad hija.

Quiero hacerlo. Si hay una esperanza quiero usarla.

–Estaré contigo en todo momento. –Dijo Nico. –No voy a permitir que te arriesgues sola.

Terminamos de conversar y comimos.

Esa noche fue una de las más tranquilas y felices que tuve en mi vida. Tenía esperanzas y sentía el apoyo de las personas que más me importaban, eso era todo lo que podía pedir. Sentía que valía la pena vivir. Estaba llena de sueños e ideas otra vez y eso me devolvía las ganas de salir adelante. Por fin.

8 La fragilidad de un segundo

Nico habló con su hermano quien accedió a dejarnos la habitación grande ya que era un desperdicio de espacio, y los siguientes días nos encargamos de mi mudanza. Creo que las cosas que vivimos juntos nos dieron un lazo especial e irrompible. No sé que hubiera sido de mí si él no hubiera estado en mi vida.

–Y yo no sé qué hubiera hecho sin ti.

Mamá trajo todas mis cosas al apartamento de Nico y nos instalamos en la habitación principal moviendo las pertenencias de su hermano a su antigua habitación. Poco a poco todo iba tomando forma.

En los días previos a mi cirugía, mi madre y yo tuvimos que ir a testificar a un juzgado debido las acusaciones de la policía de investigaciones sobre el partido y la campaña de mi padre hacia el congreso.

La cita sería en los juzgados de Paloquemao en el centro de la ciudad.

Ambas estábamos afligidas. No podíamos hacer más que decir la verdad. Aunque eso significara que detuvieran a mi padre.

Asistimos a la cita, solo nosotras dos, con ropa elegante y los nervios en la garganta. Era en una sala de paredes blancas y muebles viejos de madera café oscura. Yo tenía que presentarme como un testigo y llevaba mi agenda en caso de que tuviera que comunicarme. El juez estaba en el fondo de la sala rodeado de algunos agentes, a la derecha tenían a mi papá sentado junto a su abogado. Verlo me revolvió el estómago. Lo extrañaba mucho pero me había hecho tanto daño que estaba decepcionada de él. El juez, cuando me vio, me pidió que me retirara mi bufanda y quedó asombrado. Todos en la sala no podían creer la atrocidad por la que tuve que pasar y sus miradas curiosas y llenas de lástima me incomodaban. Afortunadamente no tuve que decir mucho. Papá exoneró a mamá de toda la culpa y aseguró haber planeado todo por su cuenta, luego, me pidió perdón y me aseguró que se encontraba profundamente arrepentido, jamás hubiera hecho nada así si se hubiera imaginado las consecuencias. Supongo que no estaba viendo el problema real. En primera instancia, jamás debió buscar ascender en su carrera de manera fraudulenta, de todas formas, yo no dije nada.

Estaba destrozada cuando se lo llevaron detenido, pero ese ya era el fin.

Los preparativos para la cirugía me ponían muy nerviosa. Tantos exámenes

y pruebas me recordaban todo por lo que había tenido que pasar. Fue todo un reto vivir eso sin enloquecer... de nuevo. Yo no quise contarle a nadie sobre la cirugía, si tenía éxito, sería una sorpresa para todos mis amigos y familiares.

Finalmente, luego de tanto esperar, llegó el día. La noche anterior a la cirugía no pude dormir. Estaba tan ansiosa y, al mismo tiempo, preocupada que me despertaba contantemente llena de sudor. El pobre de Nico tampoco durmió mucho pero al menos verlo descansar en paz me ayudaba.

Madrugamos a las 4 de la mañana y a las 5 ya nos encontrábamos en la clínica. Mamá llegó justo antes que nosotros.

Todo pasó tan rápido, a las 3 de la tarde ya me encontraba en la sala de recuperación.

Cuando desperté me costaba mucho respirar y estuvieron a punto de intubarme. Tenía miedo y casi entro en pánico. Mi cuerpo había encontrado una forma de respirar previa y ahora, con la nueva estructura de mi garganta, estaba tratando de adaptarse. Sentía como si me hubiera estrellado un camión, tenía nauseas y mucho dolor. Mi cuello estaba vendado y la enfermera que me acompañó mientras me desperté insistió en no intentar hablar. Poco a poco pude adaptarme a respirar nuevamente. Los primeros momentos fueron los más difíciles. Mi mami pudo entrar a la sala y estuvo conmigo mientras me sentía mejor.

–Señorita Salens. –Dijo el doctor Misas entrando a la sala de recuperación, con una sonrisa en el rostro acompañado del otorrinolaringólogo que asistió la cirugía. Un hombre canoso y de estatura baja. –La cirugía fue un éxito, colocamos un implante estructural que permitirá estimular los nervios de la laringe. No fue necesaria la traqueotomía. – Prosiguió.

Ambas sonreímos.

–¡Gracias doctor! –Mi madre se abalanzó a abrazar al doctor. Este se alejó levemente con una mirada de asombro.

–Aún hay que esperar. La recuperación es casi tan importante como el tratamiento.

–¿Cuándo podrá hablar? –Preguntó ella.

–Hoy tenemos que tenerla en observación con la medicación pero mañana se podría intentar la primera terapia de entrenamiento vocal y acondicionamiento para tragar y respirar.

Abrí los ojos de la felicidad. No lo podía creer. Parecía como un sueño después de todo.

“¿Estaré soñando?”

Nico no tenía permitido entrar pero mi mami me dio mi celular y pudimos escribirnos. Ya estaba ansiosa porque llegara el momento de hablar... como si fuera, por primera vez.

Ese día no me pude alimentar y la noche fue muy difícil. Entre las náuseas de la anestesia y mi dificultad para respirar, no dormí nada. Estaba agotada cuando el sol salió de nuevo.

Mamá se quedó en el mueble de la habitación, también era agotador para ella.

La enfermera entró temprano en la mañana y me administró más medicinas, revisó mi estado y llenó unos formularios.

–¿Cuándo le darán el alta?

–No le podemos dar el alta hasta que no sea alimentada satisfactoriamente y apruebe la prueba del habla. En un momento viene el especialista y empezarán las pruebas.

–Escuchaste Tay. Ya casi. –Dijo mi madre emocionada.

Como dijo la enfermera, llegaron los especialistas con líquidos, comida sólida y unos documentos.

Acostumbrar a mi garganta a tragar de nuevo no fue tan complicado pero en algunas ocasiones casi me ahogo. Cuando lo hice satisfactoriamente todos celebramos.

Había llegado el momento de la verdad, ahora tenía que hablar.

Hice un intento pero solo salió aire de mi boca.

–No te angusties Taylor. Hazlo despacio y con suavidad.

Respiré profundo y envié toda mi energía hacia mi voz. –Aahhh. –Salió una vocal tímida de mi boca casi imperceptible pero yo la pude escuchar y me emocioné.

–Vamos Tay, tú puedes. –Decía mamá con las lágrimas en sus ojos.

–Aaah... sí. –Eran palabras reales. Podía hablar, en voz muy baja y débil, pero ¡podía hablar! –Mamá. –Mi voz tenía mucho aire pero era entendible.

Ahora sí celebramos con mucha emoción mi gran avance.

Mamá empezó a llamar a todo el mundo para contarle el éxito de la cirugía y yo solo quería ver a Nico.

No le quise escribir que todo había salido bien. Quería que fuera una sorpresa pero le dije que todo estaba bien y que pronto nos veríamos.

No podía recibir visitas hasta que no me cambiaran a las habitaciones regulares y eso sería hasta la noche. Durante el día estuve ocupadísima con

más pruebas y exámenes de los diferentes médicos. Me sentía como un conejillo de indias.

Para el final de la tarde estaba agotada y mi mamá también. Cuando me cambiaron de habitación me quedé profundamente dormida y mi mamá cambió de turno con Nico. Él podía cuidarme mientras ella iba a su apartamento a descansar.

Yo no me di cuenta pero él estuvo conmigo toda la noche y se aseguró que me encontrara bien, sin dolor ni ninguna molestia.

Cuando desperté fue como si abriéramos los ojos al mismo tiempo. Nuestras miradas se encontraron y ambos estábamos llenos de felicidad por vernos. Nico se abalanzó a abrazarme y besarme suavemente.

Fue un momento muy emotivo para los dos.

–¿Tienes algo que decirme? –Me preguntó tiernamente.

Claro que sí. Tenía miles de cosas que decirle pero la emoción no me dejaba pensar con claridad. Él había hecho esto tan posible como los médicos. ¿Qué podrías decirle a la persona que te salvó la vida? Quien te ayudó a aprender a hablar lo necesario y ver el mundo de una manera diferente. A callar y a escuchar. A disfrutar nuestro silencio introspectivo. Un silencio que era solo nuestro.

–¡Te amo!

Sobre la autora

Ivy Bass (1989-) Diseñadora y escritora. Actualmente reside en Suramérica. Apasionada por la cultura oriental (China, Japón, Corea del sur, etc.). Amante de los viajes, la buena comida, el vino y la fotografía. Curiosa del arte y la tecnología. Se aventuró en el mundo de la ilustración digital desde temprana edad, descubriendo, más tarde, su pasión por la escritura. Sus géneros favoritos de literatura son drama y romance, ciencia ficción y fantasía, en los cuales desarrolla sus escritos.